

PELIGRO INMEDIATO
ESPACIO
El mundo FUTURO
vic logan

Vic Logan

Peligro inmediato

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53 Dr. Julián Álvarez, 151
BARCELONA BUENOS AIRES

Depósito Legal: B. 35.520 – 1966

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - BARCELONA

I

Pearl Springs, Illinois, último año del siglo.

Hay cientos de pequeñas ciudades como Pearl Springs en los Estados Unidos.

Sus anchas y bien asfaltadas avenidas recorren en sentido longitudinal unas cuatro millas. Hacia el Oeste, la zona residencial con sus hotelitos rodeados de bien cuidado jardín. En el centro los edificios comerciales, las tiendas, los supermercados. Al otro lado, se alzan pequeñas industrias que dan vida propia a la pequeña comunidad.

Hacia el norte el río, fuente inagotable para la industria conservera.

Al sur, bosques, fuentes.

Pearl Springs es un pequeño paraíso. Casi todo el mundo se conoce y las gentes se saludan por las calles.

Viven con todos los adelantos que la ciencia, y la técnica pone al servicio de los mortales, pero, aparentemente, el tiempo no ha pasado para la pequeña localidad.

Son casi las nueve de la noche.

En la estación de autobuses, centro de comunicaciones con las principales ciudades del Estado, el «bus» de Chicago va a salir, mientras el de Springfield, la capital, acaba de llegar y se coloca en el andén correspondiente.

Todo respira la normalidad cotidiana.

El bar de Sam registra la clientela habitual, con sus tertulias propias después de la cena.

En la parte del Oeste, las luces de las casas indican la vida interior que se desarrolla en ellas.

Acerquémonos a una cualquiera. Bueno…, a la del profesor Kimball.

Está en el torreón que se alza por encima del terreno.

El profesor Kimball observa el firmamento con su potente telescopio. La noche es clara, estrellada.

Para los enamorados es motivo de romanticismo la luna, las estrellas…

Para Alfred Kimball es tarea de estudio.

Observa el cielo y toma algunos apuntes.

«Zoira».

Ésa es su última anotación. Es el nombre de un planeta.

El profesor deja de mirar un momento y su rostro, de aspecto noble, reposado, expresa cierta extrañeza.

Consulta unos libros y vuelve a su puesto de observación.

* * *

Alan y Kay también observan el firmamento. Alan ha detenido su descapotable a un lado de la frondosa carretera y rodea con su brazo a la joven.

Él es un muchacho de unos veinticinco años, lleno de vitalidad. Prácticamente, es el campeón de todos los deportes que se practican en Pearl Springs, natación, atletismo, incluso boxeo amateur.

Últimamente tiene un poco olvidadas sus actividades. Sobre él cae el peso de dirigir una de las industrias conserveras.

Kay tiene veinte años y es la hija del profesor. Su noviazgo con Alan es casi de toda la vida.

Empezaron jugando siendo niños, luego asistieron juntos a las fiestas de sus vecinos.

Todo en ellos siguió una especie de rutina.

Se quieren. Parecen felices.

—Contemplar las estrellas en compañía de la hija de un experto resta romanticismo —sonrió él.

—No seas tonto. Para mí seguirán siendo siempre lucecitas maravillosas.

—Para tu padre son auténticos mundos, como el nuestro. Apuesto a que le encontraremos tomando sus notas relativas al último descubrimiento.

—Es su trabajo y disfruta así.

Se miraron unos instantes en silencio.

La noche, las estrellas, el ambiente que les rodeaba era un estimulante de amor.

Se besaron.

—Qué bonita eres, Kay —susurró él.

—Anda, Alan. Vámonos a casa. Es tarde.

Él puso de nuevo el coche en marcha en dirección a la Avenida de Washington, la calle principal.

—Irás a la fiesta de los Salters, ¿verdad? —preguntó.

—Si tú vas… —condicionó ella.

Habían alcanzado ya la avenida y se cruzaron con el autobús de Chicago.

No había ningún otro vehículo a la vista. Ni en dirección este ni en dirección oeste.

Sin embargo, apenas habían rodado unos metros…

—¡Mira, Alan! —exclamó ella.

Los potentes faros del auto iluminaron la silueta de un hombre tendido en mitad de la carretera.

Alan detuvo el coche y salió. Kay hizo lo mismo.

—Deben de haberle atropellado.

—No iba ningún coche delante del nuestro. Y sólo nos hemos cruzado con el autobús. El chófer le habría visto —razonó él.

Se acercaron y Alan en cuclillas le tomó el pulso. Luego le examinó atentamente.

—No tiene ninguna herida, sólo está inconsciente.

—Nunca había visto a ese hombre.

Aparentaba ser joven. Unos treinta años tal vez, era muy alto y más bien enjuto. Vestía un pantalón negro y una especie de jersey del mismo color, ajustado a su cuerpo.

—¡Qué zapatos más raros! —comentó Alan.,

Kay se fijó en las zapatillas flexibles, de un material parecido al caucho. Luego en la cartera que estaba a su lado.

—¿Te ayudo?

—Creo que podré —replicó Alan—. Recoge esa cartera.

Lo levantó para entrarlo en el coche.

—Lo llevaré al hospital.

Puso el coche en marcha.

—No tiene aspecto de vagabundo —dijo ella, mirando hacia el asiento trasero donde descansaba el cuerpo del desconocido.

—No. Ya sabremos quién es cuando se reponga. No parece que sea grave.

Ella volvió a mirar a la parte trasera.

—Esa cartera parece del mismo material de los zapatos… No sé… Todo eso me parece extraño. Has dicho que el autobús acaba de cruzarse con nosotros. Y es verdad.

—¿Qué piensas?

—¿De dónde habrá salido?

II

—Se ha desintegrado. Se ha desintegrado totalmente. Nunca había visto nada semejante.

El profesor Kimball estaba excitado. No era frecuente verle en aquel estado.

—¿Qué es lo que se ha desintegrado? —preguntó Kay.

Acababa de llegar del hospital con Alan, después de dejar al hombre inconsciente.

Las exclamaciones de su padre habían hecho olvidar momentáneamente lo sucedido.

Alan intervino.

—¿Qué ocurre, profesor?

—Nunca había visto una cosa igual —replicó Kimball dejándose caer en el sofá del living.

—¿Quieres que te sirva algo, papá?

—No, hija, no. Debo volver arriba. Ha debido de ocurrir algo.

—¿De qué está hablando, profesor? —inquirió Alan.

—De Zoira.

—¿Un planeta?

—Sí. Ya no existe.

—Bueno, yo no entiendo mucho de esas cosas, profesor —sonrió Alan—, pero leí en alguna parte que es frecuente que se desintegren.

—Pero no en la forma como ha ocurrido con Zoira.

La pareja quedaron un momento mirando al profesor, que parecía haber envejecido ostensiblemente.

—Yo diría que no ha sido un proceso normal. Lo he visto con mis propios ojos. Algo extraño ha atacado a Zoira. Rayos procedentes de todas direcciones se han incrustado en Zoira. Primero, el planeta pareció agrandarse, y luego se volatilizó en millones de pedazos, brillantes.

Alan, dado siempre a bromear y tal vez por cortar el silencio, adujo:

—Bueno. Tal vez Flash Gordon ande por ahí desencadenando la guerra en el espacio.

—Eso no es cosa de broma, Alan —atajó seriamente el profesor.

—Bueno —carraspeó Kay para calmar los ánimos—. Haré un poco de café.

Hizo ademán de irse, pero se quedó cuando su padre lentamente comentó:

—Zoira ha sido destruida a propósito, por una fuerza muy poderosa…

* * *

En una estación de radar entre la pequeña ciudad y Springfield, a la misma hora.

Bob el encargado de guardia, echó una ojeada a la pantalla y llamó a su compañero.

—¿Qué dirías que es esto?

—Un avión.

—Un avión que avanza a diez mil por hora.

—¡Cielos! Es verdad. Voy a salir un momento. Esto está encima de nuestras cabezas.

El compañero de Bob salió a la terracita circular de la estación y oteó el firmamento.

Nada. Normalidad absoluta.

Volvió a entrar.

—Ya no está —indicó Bob—. Pero ha caído cerca. Tendré que informar.

—Es extraño.

—Vamos a hacer el cálculo para sacar la distancia exacta.

Poco después la noticia era trasladada a la central.

—Objeto no identificado ha caído cerca del observatorio. Vamos a ver de qué se trata.

Un jeep, con dos guardias y Ronnie Stewart, se puso en marcha hacia el punto donde Bob había visto caer el objeto.

* * *

El contador Geiger de Stewart comenzó a oscilar intermitentemente.

—Radiactividad. Detengan el jeep

Los tres hombres se apearon.

Stewart, el joven compañero de Bob, avanzó unos pasos y el contador cobró una gran aceleración.

—Esto no me gusta nada. Habrá que regresar. Podríamos contaminarnos. A menos que…

Volvió al jeep.

—Regresen ustedes y traigan un traje y una escafandra. Yo me quedo aquí.

Los guardas obedecieron y el jeep se alejó en dirección al observatorio.

El contador Geiger iba oscilando sin interrupción.

* * *

Veinte minutos más tarde el jeep estaba de vuelta.

—¡Stewart, aquí está todo! —dijo uno.

El otro guardia echó un vistazo en derredor.

—No hay nadie.

—¡Stewart! —volvió a llamar el primero. Silencio.

—Es extraño.

—Vamos a buscarle.

—Espera —dijo el otro—. Hay que andarse con cuidado. Recuerda que el contador indicaba radiactividad.

—¡Stewart! —volvieron a llamar.

—Esto no me gusta nada.

Ante ellos, entre hierbajos y setos, se abría un estrecho sendero.

—Por aquí. ¡Dame ese traje! Yo me lo pongo. Instintivamente el guardia buscó su pistola. Poco después con el traje especial, similar al de los astronautas y cubierto con la escafandra, avanzó por el camino.

* * *

Eran las doce de la noche cuando el otro policía regresó a la estación.

En su rostro había reflejadas claras huellas de desconcierto.

—Ni rastro. Ni Stewart ni mi compañero dan señales de vida.

Bob arqueó las cejas.

—Voy a informar inmediatamente. En aquel mismo instante el recién llegado se desplomó.

Quedó al suelo, inconsciente, como si estuviera muerto.

III

Springfield, capital del Estado, siete de la mañana.

El general Houston presidía la mesa. En total los reunidos, incluyendo al propio general eran media docena de personas.

—Siento haberles convocado a hora tan temprana, pero el asunto es grave.

—¿Qué datos tenemos? —preguntó un hombre de unos cincuenta años, de pelo canoso.

—Muy pocos, profesor Smalley. La estación de Radar detectó un objeto que avanzaba a gran velocidad. Según los informes surgió de pronto, para caer a un kilómetro escaso del lugar. De los tres hombres que salieron para ver de qué se trataba, dos desaparecieron, misteriosamente, y el tercero está en un hospital.

—¿Radiactividad? —preguntó el más joven del grupo.

El general asintió.

—Es probable que el hombre muera.

Sonó el teléfono y el general se excusó para ponerse al habla.

—Del hospital, señor —indicó una voz femenina—. Es urgente.

—Aquí Houston.

La conversación fue lacónica. El general apenas hablo. Cuando colgó el auricular, se dirigió a los demás para informar:

—Ha muerto.

Se hizo un breve silencio y de nuevo Houston tomó la palabra para indicar:

—Caballeros, de momento, conviene no facilitar la menor información a la prensa, para no alarmar a la gente. Nos hallamos ante un hecho desconocido, insólito y desconcertante.

—General —intervino Smalley—, la estación está cerca de Pearl-Springs, ¿verdad?

—En esa ciudad vive el profesor Kimball. Es un buen amigo mío. Él tiene un observatorio. Tal vez pueda ayudarnos.

—¿Cómo?

—Quizá vio algo que llamó su atención. Todos los informes que podamos obtener nos serán de gran ayuda.

—Esta bien, profesor. Usted vaya a ver a Kimball y yo, entretanto, ordenaré una investigación al lugar donde cayó el objeto.

* * *

Un helicóptero con cuatro especialistas sobrevolaba el lugar donde se suponía había caído el «objeto no identificado».

El piloto y los cuatro ocupantes observaban atentamente.

—¡Allí! —dijo uno.

Todas las miradas convergieron hacia el mismo punto.

—¿Qué diablos es aquello?

—Acérquese más —ordenaron al piloto.

Éste obedeció, haciendo descender el aparato hacia la dirección indicada.

El contador Geiger comenzó a oscilar.

—Seguimos buen camino. Necesitamos estar más cerca.

—De acuerdo —replicó el piloto.

Sin embargo, algo empezó a fallar. El aparato parecía estar a merced de un huracán y, sin embargo, la temperatura exterior era completamente normal.

—¿Qué ocurre? —preguntó uno.

—No lo sé —replicó el piloto—. No puedo dominar esto…

—Suba un poco.

—No puedo ni subir ni bajar, parece como si de pronto todo se hubiera descompuesto. Los mandos no me obedecen.

El aparato siguió moviéndose violentamente como si poderosos imanes lo atrajeran de un lado a otro.

De pronto

—Nos acercamos demasiado. Detenga esto.

—Imposible —exclamó el piloto.

La fuerza invisible se tornó más poderosa y el helicóptero comenzó a perder altura vertiginosamente.

—¡Cuidado! Nos vamos a estrellar.

Siguió descendiendo a velocidad vertiginosa.

—¡Nos estrellamos!

* * *

Tras la explosión se hizo el silencio.

Houston, desde el inicio del camino rodeado de setos y que había sido el último que recorrieran Stewart y el guarda, cerró los puños.

—Esto es incomprensible. Acabo de perder a cuatro de mis mejores hombres.

Con gesto maquinal iba a quitarse la escafandra.

Alguien le advirtió:

—Cuidado, general. Esta zona es demasiado peligrosa. Que nadie se quite el traje.

—Está bien. Que delimiten la zona radiactiva y formen un cinturón de seguridad. Yo hablaré con Washington.

* * *

—Kimball. Te ruego guardes sobre este asunto el máximo silencio —dijo el profesor Smalley a su colega.

—Sabía que lo de «Zoira» no había sido casual. Toda la noche estuve pensando en ello y todo el día de hoy…

—Particularmente, ¿qué opinas?

—Es demasiado fantástico…

—¿Una guerra?

Kimball asintió.

—¡Una guerra cósmica! —repitió Smalley.

—Nos veríamos envueltos en ella sin medios para poder defendernos.

Se hizo el silencio.

—Ni siquiera conocemos la identidad del «objeto» caído —comentó como si hablara consigo mismo, Smalley—. No hay posibilidad de acercarse. Tantos años de estudio para encontrarse con un enemigo fantasma al que no podemos siquiera aproximarnos.

—Estoy a vuestra disposición para colaborar en lo que pueda.

—Gracias, Kimball. Informaré al general. Su obsesión en estos momentos es «acercarse a la cosa».

* * *

Ajenos al peligro, Alan y Kay se divertían en la fiesta de los Salters.

La villa estaba enclavada en las afueras. Al otro lado del río.

La noche era clara y el cielo aparecía cubierto por los diminutos puntos luminosos que formaban las estrellas.

Una pareja se arrullaba en el jardín hablando de amor.

En la terraza, Kay y Alan bailaban al compás de una melodía lenta y acariciante.

Uno de los coches patrullas de la policía se acercó.

Al verle llegar, el dueño de la casa salió á recibirle.

Kay y Alan salieron también.

—¿Qué ocurre?

El agente Brown sonrió.

—Nada de particular, buscamos a un ladronzuelo, pero no puede andar muy lejos.

—¿Cree que está por aquí? —preguntó el fornido Salters.

—No, no. Hemos venido por otra cosa. —Se fijó en Kay y Alan y añadió—: Quería hablar con ustedes.

Alan se adelantó.

—¿Qué sucede, Brown?

—Anoche recogieron a un hombre de la carretera, ¿verdad?
—En efecto —replicó el joven.
—Se ha escapado del hospital.
Kay intervino.
—Esta tarde he ido a verle y seguía inconsciente.
—Sí, sí, pero, por lo visto, en cuanto ha recuperado el conocimiento, se ha largado.
—Nosotros no sabemos nada —terció Alan.
—¿No le habían visto anteriormente? —siguió el agente.
—No —replicó Kay—. Ya se lo dijimos.
—Bueno. Seguramente daremos con él. No creo que tenga importancia. No estaba herido, y según el doctor tampoco tenía ninguna señal de golpes o contusiones. De todos modos, ustedes son de los pocos que pueden reconocerle. Si le ven, llamen a la oficina del sheriff.
—Así lo haremos —prometió Alan.
Kay intervino.
—¿No saben quién era ese hombre?
—Pues no. No llevaba encima ningún documento.
—¿Y en la cartera? —insistió Kay.
El agente se encogió de hombros.
—Pues la verdad, señorita Kay, no hubo forma de abrirla. Tiene un cierre muy especial y como el doctor dijo que el individuo no tenía nada grave, esperamos a hacer el informe correspondiente a que volviera en sí. Pero por lo visto tenía mucho interés en evitar dar explicaciones.
El policía saludó y se fue.
Kay y Alan se quedaron un momento silenciosos, al tiempo que cambiaban una mirada.
Salters, el dueño de la casa, comentó:
—Hay tipos extraños.
—Sí… Ése lo era bastante —comentó Kay.

* * *

Poco después decidieron marchar.
Alan acompañó a Kay y, ya en el interior del coche, de regreso a casa de la muchacha, Alan comentó:
—Te preocupa mucho ese individuo.
—Bueno, quizá sea porque en Pearl Springs nunca ocurre nada importante.
—Eso tampoco es importante. A lo mejor se trata de un fugitivo de la justicia, que no desea ser reconocido.

—¡Dios mío! Un fugitivo…

—No debes preocuparte en absoluto, Kay. Posiblemente no volveremos a verle nunca.

En aquel momento, sin que ninguno de los dos se diese cuenta, la tapa del portaequipajes comenzó a moverse.

Lentamente fue levantándose, levantándose.

* * *

Desde su despacho, el general Houston permanecía en constante contacto con la estación de radar.

—Oiga…

—Soy Bob, señor —respondió el joven desde su puesto.

—Un avión de reconocimiento, provisto de un equipo especial, ha salido de Springfield en dirección hacia ahí.

—Sí, señor. Está volando sobre la zona.

—Quiero que se me informe de todo lo que pueda descubrir.

—Mantendremos contacto con él, señor.

El aparato sobrevolaba en aquellos instantes la zona acordonada, donde las señales de radiactividad indicaban que se encontraba el «objeto desconocido».

Potentes reflectores situados en los puntos más elevados iluminaban el lugar.

La voz del piloto informó:

—Entramos en la zona radiactiva. El contador ha comenzado a funcionar. Trataremos de acercarnos.

* * *

La tapa del portaequipajes del descapotable de Alan se había levantado un poco.

Alan seguía la carretera secundaria, próxima ya a la general.

Sonrió otra vez.

—No tenemos por qué preocuparnos, querida. Hicimos lo que creímos conveniente. Si ese hombre es un malhechor, nosotros nada tenemos que ver en el asunto.

—Sí, Alan. Tienes razón —admitió ella, aún no muy convencida.

Alan aminoró deliberadamente la marcha y la rodeó con su brazo derecho.

—¿Nos detenemos un momento? La noche es magnífica.

—No, no, Alan. Papá me preocupa un poco, desde anoche está un poco agitado.

—Deja que él tome las estrellas como estudio…

El coche fue deteniéndose lentamente.

—Oh, Alan —protestó ella—. He dicho que no te detengas.

—Pero si no he sido yo.

Alan pulsó el pedal acelerador, pero el coche siguió reduciendo su marcha hasta quedar completamente detenido.

—Pero… ¿Qué pasa? —inquirió ella.

Alan se encogió de hombros.

—No sé. Se han apagado las luces. Tal vez sea la batería…

Antes de concluir la frase surgió una voz a su espalda.

—No. No es la batería.

Era una voz suave, casi melódica, pero el tono parecía autoritario, seguro…

Ambos se volvieron al mismo tiempo.

Y, con el asombro reflejado en sus ojos, vieron avanzar al desconocido.

IV

—Piloto llamando a estación. Piloto llamando a estación.

—Estación a la escucha.

El piloto del aparato de reconocimiento informó nuevamente.

—No es posible acercarse más. El contador señala al máximo. Daremos otra pasada. Corto.

Bob comunicó con el general.

—Señor. El piloto informa que no puede acercarse más. El contador señala el máximo.

—Que haga un último intento y saque fotografías. Veremos lo que se puede conseguir.

Bob cortó, para transmitir con el avión de reconocimiento.

—Estación a piloto.

—Piloto a la escucha. Espere, creo que esta vez ha habido suerte. Hay algo extraño ahí abajo.

—Saquen fotos.

—A la orden.

El aparato descendió de altura.

El ayudante hizo un ademán.

—Mira aquello. Parece…

—Sí. Son los restos del helicóptero que se estrelló.

—Ten cuidado. Al parecer el accidente obedeció a causas poco corrientes.

—Mientras yo gobierne este aparato no ocurrirá nada.

—Eso espero.

—Controla la fotocámara. Yo te avisaré.

—OKEY.

El piloto siguió descendiendo, para aproximarse al lugar exacto.

De pronto, el aparato se vio bruscamente sacudido, como si unas manos invisibles y poderosas le estuvieran zarandeando.

—¿Qué ha sido esto? —inquirió el ayudante.

—No lo sé.

El piloto accionó los mandos para elevarse ligeramente, pero algo parecía mantener firme el avión.

—Algo funciona mal. Voy a informar.

Otra sacudida reclamó toda su atención para mantener el rumbo.

—Esto no me gusta —balbució el ayudante.

Al fin el jefe del aparato estableció contacto.

—Avería desconocida en los mandos.

—Descríbala —pidió la voz de Bob.

—Es corno si nos estuvieran zarandeando. No es posible mantener el rumbo.

—Mensaje captado. Esperen instrucciones.

El piloto cortó, al tiempo que una nueva sacudida estuvo a punto de derribarlo.

—Regresemos a la base —pidió el ayudante.

—Tenemos que intentarlo de nuevo. Hay que sacar esas fotos.

El avión viró nuevamente para dirigirse al punto clave.

Dos minutos más tarde volvía a estar en el mismo centro de la zona.

La sacudida, aquella vez, fue mucho más fuerte. El piloto trató de dominar el aparato pero…

—Estamos perdiendo altura —avisó el ayudante.

—Ya me doy cuenta.

—¿Qué es lo que sucede?

—Eso es lo que quisiera saber…

Iban descendiendo cada vez a más velocidad, hasta que el avión entró prácticamente en barrena.

—Vamos a estrellarnos.

—¡Salta! —ordenó el piloto.

Desde el puesto de radar, Bob llamaba frenéticamente.

—Estación a piloto. Estación a piloto.

El aparato iba aproximándose a tierra.

El ayudante trataba de saltar. También el piloto, pero la distancia era escasa y la velocidad del avión, desprovista de todo control, semejaba a la de un cohete autopropulsado.

La explosión retumbó por toda la zona.

Una gran llamarada indicó el lugar exacto donde el aparato había tenido su trágico fin.

Sin embargo nadie podía acudir a su auxilio, porque algo desconocido, con un poder más allá de lo natural, parecía haberse adueñado de aquella zona.

¿Cuál era el extraño objeto?

¿Qué se escondía iras aquellos insólitos accidentes?

¿Qué poder misterioso amenazaba a la humanidad?

* * *

Con el asombro reflejado en los ojos, Kay y Alan vieron avanzar al desconocido.

—¡Usted! —exclamó Kay.

—No se asusten, no pretendo hacerles ningún daño…

—¿Quién es usted —preguntó Alan.

—Mi nombre es Dinker.

—¿Dinker? —inquirió Kay.

—Sí. Un nombre, generalmente, no dice gran cosa. Lo importante es la persona que lo lleva. Sobre todo si esa persona puede prestarles una ayuda.

—¿Ayudarnos usted? —replicó Alan irónico—. ¡Oiga, amigo! No se lo que pretende, pero la policía le anda buscando.

—Ustedes me atendieron y me llevaron al hospital, ¿verdad?

Kay, asombrada, inquirió:

—¿Cómo lo sabe? Usted estaba inconsciente.

—No del todo. Supongo que les costará un poco de trabajo comprenderme, pero inténtenlo. —Vaciló un momento y preguntó—: ¿Me permiten que suba?

—¡Hágalo! —replicó Alan—. Pero será para que le lleve a la oficina del sheriff.

—No tengo porque esconderme de la policía y tampoco temerla… En realidad —añadió con una cierta sonrisa—, nadie de este planeta podría hacerme daño.

Alan y Kay cambiaron una mirada.

¡Nadie de este planeta!

¿De dónde pretendía aquel hombre haber salido?

Dinker, como si adivinara los pensamientos de ambos, añadió:

—Su coche se ha detenido sin que usted hiciera nada para pararlo.

—Es verdad —aceptó Alan.

—Pues bien, amigo —Siguió Dinker—. Yo le aseguro que no se pondrá en marcha si yo no quiero. Inténtelo.

Alan hizo la prueba.

En efecto, el coche siguió quieto.

V

El profesor Smalley se mesó los cabellos y al fin comentó:

—Todos los indicios demuestran que nuestros trajes espaciales son insuficientes para protegerse de la radiactividad que existe en la zona.

—¿Qué ha podido averiguar, profesor? —preguntó Houston.

—Que la potencia de esa radiactividad es superior a la conocida hasta la fecha.

El general guardó silencio.

En la soledad del despacho, se hizo el más rotundo silencio.

El general aplastó su puro contra el cenicero y al fin suspirando preguntó:

—¿Cree de veras que lo que vio su colega, el profesor Kimball, pueda tener algo que ver?

—Es la única pista.

—¡La guerra del cosmos! Parece absurdo. ¿Quién puede dirigir esa guerra?

Smalley se encogió de hombros.

—Eso quizá no lo sepamos nunca, señor.

—No puede existir tal cosa, Smalley. Habla usted de planetas que están a millones de años luz.

—Al menos eso es lo que dicen ustedes en sus informes.

—El cosmos sigue siendo el gran desconocido, general.

—Hemos logrado notables adelantos, profesor. Hemos situado satélites a planetas hasta hace poco tiempo desconocidos. En ningún lugar hemos encontrado signos de vida.

—Es cierto…

—Y ¿usted pretende que existan seres allá arriba?

—Quizá sí…

—Seres que desencadenan una guerra a millones de años de distancia.

—Es probable.

—¡Es absurdo!

—Yo no diría tanto.

—De acuerdo, Smalley. Diga de una vez que uno de esos seres se ha metido entre nuestra estación de radar y Springfield, y que su poder es tan extraordinario que puede destruir el mundo.

—Hasta el momento, general ya han muerto ocho hombres.

Houston se levantó y paseó nervioso por la estancia.

—¿Kimball, piensa lo mismo que usted?

—En lo referente a la guerra, sí.

—¿Y sobre lo que estamos buscando?

—No lo sé… Pero piense, general, que ocho hombres no desaparecen sin razón, de forma tan poco corriente… «Algo» ha de haber en esa zona, algo con un poder extraordinario.

Mentalmente Houston repitió las mismas palabras.

—«Algo muy poderoso». Pero… ¿Qué?

* * *

Dinker se sentó en el coche junto a Alan. Kay pasó al asiento de la parte posterior.

—¿Quién es usted en realidad?

—Alguien que trata de ayudarles antes de que sea demasiado tarde.

—¿De qué puede ayudarnos?

—Quizás ustedes no puedan entenderlo, pero lléveme a algún sitio donde pueda hablar con una persona responsable. Un científico, o como ustedes lo llamen.

Alan se volvió para cambiar una mirada con Kay.

—No entiendo nada de esto…

—Yo no pretendo hacerles ningún daño y es lógico que desconfíen, en principio. De donde yo vengo sucedía igual con los «extranjeros».

—¿De dónde viene usted? —preguntó Kay.

—De muy lejos, señorita —replicó Dinker observándola a través del retrovisor.

—¡Vamos a casa, Alan! —dijo ella de pronto—. Quizás a papá le guste conocer a este hombre.

—¿Quién es su padre? —preguntó, cortésmente Dinker.

—Es profesor. Científico, aunque actualmente no ejerce de un modo oficial.

—Entonces, vamos allá. Dense prisa.

—¿Puedo poner el coche en marcha? —terció Alan con cierto recelo.

Dinker asintió.

—Sí. Ahora puede.

—No sé… —replicó Alan tras comprobar que el motor funcionaba perfectamente—. El agente Brown dijo que avisáramos al sheriff.

—No lo haga —contestó tajante Dinker.

—Vamos a casa, Alan —insistió la joven.

—Pero, Kay… Ni siquiera le conocemos.

—Vamos, arranque y no pierda tiempo —insistió el desconocido.

—Alan… No perdemos nada.

De mala gana el joven puso el coche en marcha y enfiló hacia la carretera general. Kay preguntó:

—¿Cómo supo que nosotros le habíamos recogido?

—No estaba inconsciente, como usted supusieron —contestó Dinker.

—Entonces… ¿fingió?

Dinker, inmutable, inexpresivo, sin la menor sonrisa en sus labios, aclaró:

—No. No fingía, pero supongo que, aunque se lo explicará, tampoco podrían entenderme. Su padre, si es profesor, quizá sí me entienda.

* * *

El profesor Kimball no mostró un gran asombro, sólo una extrema curiosidad de tipo científico.

Junto con su hija y Alan, se habían desplazado hasta el observatorio particular, y miraban a Dinker como si quisieran traspasarlo con sus ojos escrutadores.

—¿Viene usted de Zoira?

—No. Mi planeta pertenecía a la misma constelación, pero no era Zoira. Ya no existe. Ha desaparecido. Nunca podré regresar, porque todo se ha convertido en polvo cósmico.

—¡Dios mío! —exclamó el profesor.

—Hemos sido víctimas de las mismas circunstancias que Zoira.

—¿Qué ha ocurrido, señor Dinker?

—Lo que usted ha visto a través de su insuficiente telescopio es sólo una muestra de lo que puede ocurrir en toda la galaxia.

Alan y Kay escuchaban asombrados al extraño personaje. Extraño, de hecho, en su imaginación, en su forma de hablar, ya que por lo demás, exceptuando su vestuario, podía pasar por un ser normal y corriente en la Tierra.

El atuendo, el pantalón y el jersey tampoco eran desusados; únicamente la tela era de una fibra extraña, desconocida, pero ello sólo se advertía fijándose atentamente.

Dinker siguió.

—El planeta que usted vio desintegrarse ha sufrido las mismas consecuencias que otros. La Tierra no está exenta de este peligro. Y yo estoy aquí para tratar de evitar que ocurra.

—¿Ha venido usted a prevenirnos? —preguntó Alan un tanto escéptico.

Dinker pareció captar la sutil ironía.

—Ya sé que es difícil para muchos creer que un ser pueda desplazarse millones de kilómetros, en el tiempo que tarde en abrirse el conmutador de una luz; pero no se burle usted de lo que no entienda…

—Perdone. Tal vez no estoy preparado para comprender ciertas cosas.

—Alan, por favor, —pidió Kay.

—Siga —dijo Kimball.

—En realidad, yo no me dirigía al planeta Tierra —continuó Dinker—. Pero algo falló en mi mecanismo y varió la trayectoria de mi «proyección».

—¿De su proyección? —preguntó el profesor.

—Sí. Es el medio que empleamos para viajar.

Tras un breve silencio, Kay preguntó:

—¿Qué hacía usted en la carretera, señor Dinker?

—Al fallar el mecanismo, como ya he dicho, perdí el control y fui a parar donde ustedes me encontraron. Quedé aturdido unos momentos y por esta razón creyeron que estaba inconsciente.

—¿Y no lo estaba? —preguntó Alan.

—No de la forma que ustedes dan a la palabra inconsciente. No podía valerme por mí mismo, eso es cierto, pero podía ver y oír cuanto sucedía a mi alrededor.

—¡Es fantástico! Siga usted —exclamó el profesor con creciente interés.

—Nuestro sistema de traslación es muy simple. Un proyector de rayos a larga distancia actúa de disparador sobre las células fotoeléctricas.

—¿Rayos Láser? —preguntó Kimball.

—No, no. La etapa de los rayos Láser quedó superada. Para que puedan comprenderlo piensen por ejemplo en… —vaciló unos instantes y prosiguió—, el viejo sistema de televisión. Imagen a través de las ondas, con la diferencia, claro está, de que no es sólo la imagen lo que se proyecta, sino el cuerpo, descompuesto en millones de células, y el cual, a una velocidad mayor de la luz, las recompone en el lugar hacia donde ha ido enfocado el rayo.

—Asombroso. Tardaremos miles de años de conseguir algo semejante —comentó el profesor pensativo y admirado.

Dinker se dirigió hacia una pizarra y tomando una tiza, planteó y resolvió un problema.

—¿Puede entender eso, profesor Kimball?

El hombre se acercó a la pizarra y comentó con la misma expresión de quien acaba de presenciar un milagro:

—Increíble. ¡Claro que lo entiendo!

—Pues en esta simple ecuación está la clave del sistema.

Tras una breve pausa, Kimball se acercó de nuevo al visitante.

—¡Oh, Dinker, Dinker! Su ayuda puede sernos decisiva.

—Puesto que nada puedo hacer para los míos, trataré de ayudarles. Es deber de las gentes hacer el bien, sea cuál sea la patria, la raza, o sus creencias.

—¡Dinker! ¿Qué es lo que está sucediendo en el cosmos? ¿Por qué esas desintegraciones en masa?

—El culpable de lo que ocurre es Ardan…

—¿Ardan?

Los reunidos cambiaron una mirada.

—¿Quién es Ardan? —preguntó Alan.

—Ardan es… —comentó Dinker—. LA MUERTE.

VI

El general Houston aplastó el puro contra el cenicero y exclamó incrédulo:

—¡Un ser de otro planeta! Es francamente fantástico…

—¿No lo cree usted, general? —preguntó Kimball.

Houston miró alternativamente al profesor y a su colega Smalley.

Eran los tres únicos ocupantes de su despacho. Smalley rompió el silencio.

—No perdemos nada con dejar que ese hombre nos ayude y en cambio podemos ganar mucho.

—¿Pretenden que nos pongamos en manos de un ser que afirma proceder de otro planeta?

—Sí —replicó lacónicamente Kimball.

—Lo siento, señores. He pedido ayuda a Washington. Y ya se han cursado órdenes para que se trasladen los hombres y el material necesario para combatir todo peligro.

—No creo que consigan nada —replicó Smalley.

—No es usted muy optimista —sonrió el general, prendiendo fuego a otro puro.

—Lo siento, general. No puedo serlo, dadas las circunstancias.

Otro silencio.

Houston lanzó al aire un par de bocanadas de humo y al fin preguntó:

—¿Dónde está ese hombre?

—Ahí fuera esperando —replicó Kimball.

En aquel momento se abrió la puerta y en el umbral apareció Kinder.

Lucía el mismo atuendo. Su rostro impenetrable, sombrío y adusto. Sus ojos profundos, penetrantes, con un brillo extraordinario, se clavaron en el general.

—Estoy aquí.

—Oiga… —empezó el general.

—Siento haber interrumpido, pero creo que están perdiendo demasiado tiempo.

Alan apareció junto a Dinker.

—Lo siento, no he podido detenerle.

Alan había ido con el profesor y Dinker hasta Springfield. Seguía sin fiarse demasiado de aquel desconocido.

Dinker tomó la palabra nuevamente.

—Supongo que habrá encontrado toda clase de dificultades, ¿verdad, profesor?

El general iba a replicar, pero Dinker prosiguió.

—Lo malo de ustedes es que no conceden la menor importancia al factor tiempo. El mundo peligra pero no se dan la menor prisa en ponerle remedio.

—Tenemos medios para combatir esos peligros.

—No, señor. No los tienen.

—Oiga, amigo. Todavía no he pedido su intervención. No es suficiente con que le recomiende el profesor Kimball.

Alan sonrió.

—¡Dinker! ¿Por qué no hace una demostración al general? Algo así como lo que hizo con mi coche.

—Haré algo mejor. ¿Dónde está «eso» que tanto les preocupa?

Smalley intervino.

—Yo se lo mostraré.

Se levantó y fue hacia el mapa mural, donde estaba delimitada en rojo la zona peligrosa en la cual se extendía la radiactividad.

—Aquí es.

—Les libraré del peligro. Quizá de este modo comprendan todos lo mucho que puedo hacer por ustedes.

—¿Pretende llegar hasta la zona radiactiva? —insinuó el general que había permanecido en silencio.

—Exactamente.

—¿Tiene equipo?

—No lo necesito.

—¿Es inmune a la radiactividad?

—No. No soy inmune, pero voy preparado para ella. Ese mismo atuendo me sirve.

De su inseparable cartera de mano sacó una prenda flexible.

—Con la ayuda de esto.

—¿Qué es?

—Una escafandra.

Los cinco hombres llegaron al lugar.

Alguien se acercó, al ver descender al general.

—¡Señor! Hemos obtenido algunas fotos.

—¿Fotos?

Un avión a considerable altura daba una pasada por encima de sus cabezas.

—Es Roger, el piloto que ha venido de Los Álamos.

El general miró un momento el avión.

—¿No ha ocurrido nada especial?

El informante del general continuó:

—No. Ha dado varias vueltas desde bastante altura, y ha

conseguido unas fotos. Las están revelando. Llamamos para informarle, pero usted ya había salido.

—¿Cuánto tardarán?

—Deben de estar terminando las ampliaciones, señor. Entretanto Roger procura acercarse más.

Dinker intervino para cortar tajante.

—¡Que no lo intente!

El otro le miró un momento extrañado, como si quisiera preguntar: Y ese ¿quién es?

El general se volvió hacia Dinker.

Dinker siguió.

—El profesor Kimball me informó de lo que había sucedido a los otros. Y, si es lo que imagino, es peligroso acercarse demasiado.

—¿Y qué imagina usted?

—Se trata de alguna piedra radiactiva, producto de la desintegración de un planeta.

—¿Una piedra?

—Algo parecido.

El silencio subsiguiente a la declaración de Dinker fue cortado por la llegada de un jeep.

Inmediatamente un hombre saltó para acercarse, corriendo, al general.

—¡Señor! Me han dicho que estaba usted aquí.

—Es del laboratorio —aclaró el informador del general.

El recién llegado llevaba un abultado sobre.

—Las fotos que ha conseguido Roger.

Ante la expectación general, Houston examinó tres grandes fotografías.

No se veía nada de particular, a excepción de los restos del helicóptero y avión estrellados y los restos de los cadáveres de los hombres que habían desaparecido.

Todo estaba muy cerca de una piedra aparentemente esférica, como si se tratara de una enorme pelota.

Posiblemente nadie se hubiese extrañado. Las piedras toman a veces formas caprichosas, y tratándose de una foto tomada a gran altura, era lógico no conceder demasiada importancia a la forma de un pedrusco.

Para Dinker sí la tuvo.

—Debe de ser eso —señaló la piedra.

—¿Eso?

—Sí, general. Piedra radiactiva.

—¿Y cree que es la causa de que se hayan estrellado los aparatos?

—No sólo lo creo sino que estoy completamente seguro. Es como un poderoso electroimán. Su diámetro no es superior a los cinco metros. Relativamente pequeña, por esto no ha causado mayores males. Pero figúrese lo que sería una lluvia de piedras de ese mismo tamaño, o superiores, esparcidas en varios puntos de su planeta.

—¡Dios Santo! —exclamó Kimball—. Ahora comprendo el peligro. Sería la destrucción total.

Dinker asintió.

—Cualquier objeto sería atraído por su fuerza magnética. Muy superior a la fuerza de gravedad. Por otra parte el peligro radiactivo sería peor.

—Podría contaminar toda la atmósfera —adujo Kimball.

—Exacto.

—¿Y usted es capaz de eliminar este peligro?

—De momento anularé la radiactividad de la piedra que tienen ahí. Evitar que caigan otras depende de la ayuda que me presten.

A la vista de todos, Dinker sacó un pequeño aparato de su cartera de mano.

Accionó un mando y se encendió una lucecita de foco potente y cegador. Al dirigirlo hacia sí, su traje —pantalón y jersey— cambió de color.

Un rojo brillante había sustituido al antiguo negro mate.

—¿Qué es esto? —preguntó Alan—. ¿Tintorería instantánea?

—El color del vestido cambia de acuerdo con la luz que se proyecta sobre ella y sirve para impermeabilizarla. Es lo que ustedes llaman un traje espacial.

Se colocó la escafandra plegable y unos guantes del mismo material que la indumentaria.

Sin abandonar la cartera, comenzó a avanzar.

—¿Quiere que le acompañe alguien? —preguntó Houston.

—No, general —fue la réplica de Dinker—.

Sus trajes son insuficientes para esa clase de radiactividad.

Y siguió avanzando hasta perderse por el camino de setos y arbustos, en dirección al extraño meteorito espacial.

VII

La roca era esférica y parecía en realidad una enorme pelota maciza.

Su altura máxima era aproximadamente dos veces y media superior a la de un hombre de estatura corriente.

Dinker se acercó, examinándola desde distintos ángulos.

Luego apartándose unos cuantos metros, extrajo de su cartera el mismo aparato que había servido para transformar el color de su traje.

Enfocó la potente luz hacia el meteorito y, haciendo girar un conmutador, hizo que el foco se agrandara lo suficiente hasta cubrir por completo la superficie de la bola.

Permaneció unos instantes manteniendo el chorro de luz con pulso firme.

Luego accionó otro conmutador y la rojiza claridad de la luz, pareció abrillantarse de forma extraordinaria.

A continuación una lluvia de chispas, como una ducha de fuego se abatió contra la roca.

La operación duró escasamente un minuto.

Dinker accionó otra vez el conmutador, y lentamente la luz fue extinguiéndose hasta apagarse.

Los focos que hasta entonces habían iluminado la zona, volvieron a ser la única iluminación del lugar.

Con el mismo aparato, Dinker comprobó los «efectos de su operación.

La aguja de un contador, estilo Geiger, permanecía quieta.

El peligro había pasado.

* * *

Cuando Dinker con su vestimenta otra vez de color negro, regresó hasta donde estaban reunidos el general, los profesores, Alan y el resto de los hombres de Houston, todas las miradas convergieron en él.

—Ya está, señores. Pueden acercarse sin peligro.

Alguien corroboró las palabras de Dinker.

—Es verdad, general. Los contadores han dejado de oscilar. No hay radiactividad.

Alan parecía muy divertido.

—Luego nos explicará la trampa, ¿verdad?

—Usted sigue tomando todo esto en broma, ¿verdad, Alan?

—No, no. Lo que sucede es que nunca me tomé muy en serio los

relatos de ciencia-ficción, y ahora que estoy viviendo uno de ellos, me doy cuenta de que me he perdido algo bueno.

El general Houston y varios de sus hombres se encaminaron por el sendero hasta el lugar donde estaba la piedra esférica.

—Habrá que analizar esto —dijo Smalley.

—No encontrarán nada de particular —replicó Dinker que les había seguido.

—¿Nada? —inquirió Smalley.

—Quizás un cuerpo de naturaleza distinta a las suyas, pero, por lo demás, no creo que pueda servirles.

Kimball se acercó a Houston.

—¿Y ahora, general, hará caso a este hombre?

Houston vaciló unos instantes.

—Si no les importa —replicó al fin—, vamos a discutir esto en mi despacho.

VIII

—Usted nos habló de «Ardan» —dijo el profesor Kimball—. Díganos qué significa esto, Dinker.

En el despacho de Houston se hallaban reunidos los dos profesores, el propio Houston y naturalmente Dinker.

Éste replicó:

—Ardan, en realidad, ya no es nada.

—Sin embargo, usted habló de muerte.

—Sí. En efecto.

—Explíquese, Dinker —pidió el general.

—Verán… Hace miles de períodos, como les llaman ustedes, que Ardan era un planeta como cualquier otro. Las gentes que lo habitaban vivían más o menos como ustedes.

Tras una breve pausa, Dinker siguió.

—Algunos científicos descubrieron algo capaz de prolongar la vida. Se trataba de un corazón artificial.

»Se hicieron los primeros experimentos y todo marchó bien. Pero el invento no era perfecto. Los demás miembros seguían envejeciendo y se volvían inservibles, aunque el corazón metálico siguiera funcionando.

Todos escuchaban en silencio el extraño relato de Dinker, que tras una nueva pausa prosiguió:

—Los científicos, entonces, encontraron el medio de renovar totalmente la vida por medio de la sustitución de los miembros gastados por otros nuevos, metálicos. Así, poco a poco, los hombres se fueron convirtiendo en autómatas.

—¿Cómo podían vivir? —interrumpió Kimball.

—Ya estaba previsto —replicó Dinker—. Una poderosa central electrónica alimentaba a los robots.

—¡Esto es monstruoso! —terció Kimball.

—Usted lo ha dicho, profesor, porque en Ardan ya no hay vida. A medida que los hombres dejaron su condición humana para convertirse en robots, Ardan se convirtió en un mundo metálico, regido por autómatas, o mejor dicho, por el cerebro electrónico que mantenía vivos a esos autómatas.

—Es verdaderamente increíble —comentó Houston.

—Pero cierto.

Tras otra pausa Dinker prosiguió.

—Y esto ha llevado a la situación actual.

—¿Qué ha ocurrido? —indagó Smalley.

—La máquina va cumpliendo sus fines. Ha desencadenado la

guerra que amenaza con destruirlo todo si no lo impedimos a tiempo.

—¿Cómo hacerlo? —preguntó Kimball.

—El mal hay que atacarlo desde su raíz. Destruyendo Ardan.

—¿Destruir un planeta? ¿Cómo? —Las preguntas procedían del general.

—Hay que ir allí y combatir con las únicas armas efectivas, para acabar con aquel mundo de autómatas.

—Esto es imposible —replicó rápidamente el general—. Nunca podríamos llegar a ese… Ardan.

—No es imposible si me ayudan.

—¿Qué necesita usted? —terció Kimball.

—En primer lugar un laboratorio y los mejores especialistas, para buscar entre sus materias las que necesitamos para la confección de trajes espaciales adecuados.

—¿De qué se compone el suyo? —preguntó Houston.

—Es materia extraída de mi planeta. No creo que exista nada igual en la Tierra, pero se puede encontrar algo que lo sustituya.

—Todo esto va a ser sumamente difícil… Tenemos los medios, pero… ¡Ya estoy oyendo a los del Pentágono! —replicó el general poniéndose en pie y paseando nerviosamente por la estancia.

—Ésta no es cuestión del Pentágono —adujo Smalley.

—Se trata de una guerra. ¿No?

—Una guerra muy dura. Eliminar a los autómatas de Ardan no es tarea fácil. Se necesitarán muchos hombres dispuestos y armas.

—¿Qué clase de armas?

—Fumigadores atómicos. Todo esto podemos conseguirlo mediante un proceso de fabricación acelerado.

—Sí, desde luego. Pero entra de lleno en el campo bélico. Habrá que discutirlo.

—No hay tiempo, general. Cada día van siendo destruidos nuevos planetas. En cualquier momento, la Tierra puede ser el blanco siguiente. No lo olviden. Tal vez mañana. Esta noche… O dentro de unos segundos.

IX

—Bueno querida, con esos jaleos he descuidado un poco mis negocios —sonrió Alan tras el almuerzo en casa del profesor Kimball.

—Lo comprendo, Alan, y gracias por haber acompañado a papá.

—Bueno. Tú confiaste desde el primer momento en ese Dinker, pero para mí sigue siendo un perfecto desconocido.

—Creo que puedan llover del cielo piedras radiactivas y que constituyan un peligro, pero de eso a una guerra en el cosmos y todas esas cosas va un abismo.

—Papá lo cree plenamente. Por eso ha ido a Washington con el general y el profesor Smalley a ver al presidente.

—Y yo le deseo que tenga suerte, pero temo que lo difícil será que le crean.

Alan sacó del bolsillo de su chaqueta un periódico y lo extendió, mostrando los titulares.

—Mira esto.

Kay leyó.

«LA TIERRA EN PELIGRO»

Bajo el título en gruesos caracteres seguía un artículo a toda plana narrando más o menos los incidentes.

—¡Alan! —exclamó Kay—. Pidieron el máximo secreto.

—Ya conoces a los chicos de la prensa. Un dato de aquí y otro de allí han conseguido descubrirlo. Pero, aparte del titular, léelo. Verás cómo se le concede una importancia relativa.

—Han muerto muchos hombres.

—Ésa es otra cuestión. Si cayeran toneladas de meteoros radiactivos y Dinker las fumigara con ese aparadlo suyo la cosa cambiaría. Pero hablar a la gente de ir a combatir a otro planeta y conseguir que lo tomen en serio, es difícil, por no decir imposible.

Tras una breve pausa, Kay preguntó:

—¡Alan! ¿Y tú? ¿Lo crees?

—Yo he visto lo que ha hecho ese individuo. Eso me ha convencido, pero todo lo demás es… bueno, dejémoslo. En el fondo siempre he sido un poco escéptico para esas cosas.

Besó a su prometida.

Lo hizo primero de un modo leve, natural, luego la estrechó fuertemente poniendo toda la pasión en su caricia.

Al separarse, comentó:

—Creo en el amor. En estrecharte entre mis brazos, en besarte. Esto es algo más tangible, y por supuesto, mucho más agradable.

Cuando poco después se alejó de la casa y desapareció con su descapotable por la ancha avenida, Dinker salió del jardín.

—Parece que Alan no está muy convencido.

—¡Oh! Estaba usted aquí…

—Les he oído sin querer.

—Creo que a su modo tiene razón. Todo lo que ocurre sobrepasados límites de lo normal.

—Sí, es posible. Sería tan bonita la vida si no existiesen problemas.

Dinker hablaba de un modo extraño. Su acento parecía lejano, soñador, casi romántico.

Miró un momento en torno suyo, y luego elevó los ojos hacia lo alto.

—Sí. Es muy hermosa la vida. Y su clima es excelente. La Tierra es un planeta ideal.

—¿Se parece al suyo?

—Sí. Hay algo que me lo recuerda.

La miró un momento a ella, con sus ojos penetrantes, duros a veces, pero tiernos en aquellos instantes.

—Usted, por ejemplo, me recuerda a las jóvenes de «allí».

Kay sintió un ligero rubor y bajó los ojos.

—¿De veras?

—Sí, Kay. Eran bonitas. Usted es muy bonita.

—Y… —vaciló ella—, ¿las cosas eran igual? Quiero decir si los jóvenes mantenían relaciones y se casaban.

—Poco más o menos…

—¡Ah!

—Yo tenía… Bueno… conocía a una joven… Ya no volví a verla.

—¡Oh! Lo siento…

—Quisiera que nadie tuviera que pasar por una experiencia tan horrible como es el fin de un mundo.

—Con el tiempo olvidará.

—No. Jamás.

Volvió a mirarla. Y ella sintió de nuevo que el rubor acudía a sus mejillas.

—Me gusta usted, Kay. Es humana, sencilla y muy hermosa.

Se acercó…

—Bueno —carraspeó ella—. Tengo que ir a hacer unas compras.

—¿Puedo acompañarla? Mientras su padre está discutiendo con ese jefe de su planeta.

—No, no —interrumpió Kay—. El presidente sólo gobierna en

nuestro país.

—¡Ah! Entonces, si no accede puedo recurrir a otros países.

—Tal vez…

—Bien. De momento esperemos la gestión de su padre y del general, y puesto que nada puedo hacer me gustaría estar con usted y conocer sus costumbres…

—Está bien. Voy por el coche.

* * *

Se detuvieron ante la farmacia.

—He de comprar un medicamento para papá. Lo toma para la presión.

Dinker la siguió hasta la farmacia.

Despertaba cierta curiosidad debida a su atuendo, pero no parecía inmutarse en absoluto.

La señora Shaw, perteneciente a una de las familias antiguas de la ciudad, entró en aquellos instantes.

—Dios mío, Bett —exclamó dirigiéndose al farmacéutico—. Lorena se está muriendo.

—¿Qué dice el doctor, señora Shaw?

—No hay esperanzas. Le ha inyectado, pero no ha asegurado que reaccione.

Dejó una receta sobre el mostrador y siguió:

—Déme eso y ojalá sirva de algo.

—No sabía que su hija estuviera enferma —intervino Kay.

La señora Shaw tenía los ojos humedecidos por el llanto.

—Sí, Kay y desgraciadamente no hay esperanzas.

—Ya lo he oído, pero… ¿Qué tiene?

—Es el corazón. Después del ataque quedó muy débil y ahora…

El farmacéutico regresó con el medicamento.

—Aquí tiene, señora Shaw.

—Perdona, Kay… Debo volver.

—Le deseo una pronta mejora.

El farmacéutico atendió a Kay, quien, poco después, salió a la calle seguida de Dinker.

—¡Pobre Lorena! ¡Si la hubiese conocido! Era una chiquilla encantadora. Tiene once años.

—Sí. Es triste perder la vida… a cualquier edad.

—Tuvo un ataque y pensaron que quedaría paralítica…

—¿Qué es paralítica?

A Kay le extrañó la pregunta, pero comprendió en seguida que era lógico que Dinker desconociera muchas de las enfermedades de la

Tierra.

Se lo explicó.

—¿Y no tenéis nada que actúe contra la parálisis?

—Hay vacunas. Y dan buenos resultados, pero siempre se dan algunos casos aislados.

—Y esa niña… ¿Está paralítica?

—No… Eso se pudo remediar. Pero su corazón ha quedado débil.

Dinker quedó un momento pensativo.

Habían subido al coche y Kay daba el encendido para ir hacia el supermercado.

—Oiga, Kay… ¿Dónde vive esa niña?

—A tres manzanas. ¿Por qué?

—Me gustaría verla.

—Pero… ¿Qué puede hacerse?

—No lo sé, pero me gustaría verla.

—Está bien, si lo desea…

Y Dinker hizo tabalear sus dedos sobre su inseparable cartera de piel.

X

—El doctor acaba de marcharse —dijo la señora Shaw—, pero pasen. Lorena parece haberse dormido.

—¿Podríamos verla?

La atribulada madre acompañó a la pareja hasta la habitación de Lorena.

En efecto parecía dormida.

Su respirar era jadeante, entrecortado.

Dinker avanzó la miró unos instantes y luego se volvió hacia las dos mujeres.

—Oigan… Yo no aseguro que pueda hacer nada, pero Kay me ha explicado el origen de la enfermedad y puedo intentar… sólo intentar… ¿Comprende?

Sacó el mismo aparato que le había servido para cambiar la consistencia de su vestido, y posteriormente para eliminar la radiactividad de la piedra cósmica.

—¿Qué quiere hacer?

—Lo que haría si se tratara de alguien allegado a mí.

—¡Por Dios! Está muy grave… —La madre vacilaba.

Kay por el contrarío miraba firmemente a Dinker como si confiara por completo en él.

El hombre se acercó y tomó el pulso de la niña.

—Está debilitándose por momentos.

La madre se acercó y miró angustiada a su hija.

La respiración era cada vez más difícil, más agonizante.

—No hay mucho tiempo, señora.

—¡Por Dios bendito, haga lo que quiera, pero sálvela!

Rápidamente Dinker accionó uno de los conmutadores y una luz más débil que la noche anterior, pero brillante, dirigió su foco sobre la cabeza de la enferma.

Lentamente Dinker paseó al haz luminoso por todo su cuerpo, después de apartar las ropas de la cama.

* * *

Lorena abrió los ojos y sonrió.

Estaba débil, muy débil, pero un cambio se había experimentado en ella.

Respiraba con más normalidad y daba la sensación de que la fiebre había desaparecido.

—¡Dinker! —exclamó admirada Kay.

El hombre guardó el aparato en la cartera y, dirigiéndose a la madre, dijo:

—Ahora avise a su médico. Él le dirá lo que hay que hacer.

* * *

De nuevo en el coche, Kay con vivos signos de admiración exclamó:

—¡Le ha devuelto usted la vida!

—No, no, Kay. No confunda. Lorena no tenía una enfermedad de muerte. Sólo hice una prueba que ha dado resultado. En mi planeta ese tipo de enfermedades eran conocidas y sabíamos cómo tratarlas.

—Pero, ¿qué le ha hecho?

—Verá, Kay. Ese tipo de parálisis, caracterizado por la inflamación de la substancia gris de la médula, puede ser evitada mediante esas vacunas de las que usted me habló. Pero en mi planeta se inmunizaba a las gentes de enfermedades parecidas mediante algo similar a esos rayos. Al explicarme usted las características he deducido que podía intentar aplicarle los rayos.

—Entonces… ¿Puede usted curar la parálisis?

—Claro que no. Cuando la enfermedad está declarada nada puedo hacer. Pero el caso de Lorena no era éste: debía de ser sólo el principio, que en su caso afectó directamente el corazón. Eliminadas las causas, es probable que el corazón se restablezca.

—¡Oh, Dinker! Ha hecho usted algo extraordinario.

—He hecho lo que sabía. En mi planeta no existen los médicos. Cada cual curaba sus propias dolencias de acuerdo con las enseñanzas recibidas.

No he hecho más que aplicar mis conocimientos.

—Gracias, señor Dinker me ha curado usted —exclamaba un hombre de edad.

Con el hombre, una mujer madura también se mostraba agradecida a Dinker.

Tras la mujer otra y otra…

Sólo había transcurrido un día, pero la noticia se extendió y las gentes habían llamado constantemente a la puerta de la casa del profesor Kimball pidiendo a Dinker que las curara.

Dinker se había limitado a dar sus consejos o a exponer sus conocimientos y la gente se mostraba agradecida.

Todos estaban dispuestos a pagar, pero Dinker no aceptó nada.

Cerró la puerta y quedó mirando un momento a Kay.

Ésta, a su vez, le devolvió la mirada y comentó:

—Todo el mundo quiere conocerle.

—Y esto va a complicar las cosas…

—¿Por qué? Usted hace bien.

—Pero soy extranjero, no lo olvide. Y la gente en la Tierra no es como en la mía. En el bar he visto una pelea. En el supermercado dos mujeres discutían.

—Cosas sin importancia.

—En mi planeta esas cosas no ocurrían. La gente se quería. Habíamos llegado a la perfecta convivencia… Sólo usted me parece distinta, Kay.

Se acercó a ella y avanzó sus brazos hacia los hombros de la muchacha.

La puerta estaba abierta y ninguno de los dos se dio cuenta de la presencia de Alan.

—¿Qué es lo que ocurre aquí? La ciudad está, revuelta. Sólo se habla de Dinker.

—Quería decírtelo, Alan —comentó ella—. Pero anoche no viniste.

—Estaba ocupado y tú también parecías muy ocupada hace un instante —añadió Alan con intención.

—Alan, por favor… Tengo que explicarte.

El joven pasó al interior y tomó asiento en el sofá.

Dinker comenzó a subir la escalera.

—Con permiso. Voy un momento al observatorio.

Kay se sentó al lado de su novio.

* * *

—Y esto es todo, Alan —concluyó la muchacha después de haberle contado lo ocurrido.

—Pues ha conseguido armar un buen alboroto El doctor Lemont está dispuesto a presentar una denuncia por ejercicio ilegal de la medicina.

—Pero esto es absurdo. Alan. Dinker no ha hecho nada malo.

—Un curandero es mal aceptado en todas partes.

—No es un curandero. Él da consejos. Y en el caso de Lorena, el doctor Lemont ya la había desahuciado.

—Pues él no dice lo mismo. Insiste en que fue la inyección que puso a la niña lo que la curó.

—Yo no voy a discutir lo que fue, Alan, pero sí insisto en lo que dijo la señora Shaw. Lemont había desahuciado a su hija. Lo dijo delante del farmacéutico.

—Y yo te digo que todo esto va a traer lío y tú y tu padre os veréis envueltos en él, por cobijar en vuestra casa a este hombre.

—¡Alan! Dinker sólo ha pretendido hacer bien. En todo caso no

hizo otra cosa que tratar de ayudar. Y ni siquiera pide agradecimiento.

El timbre de la puerta interrumpió momentáneamente la conversación.

Kay abrió y el doctor Lemont apareció en el umbral.

Era un hombre de mediana edad, habitualmente afable, pero todo signo de cordialidad había desaparecido por completo cuando habló tajante a Kay.

—Necesito hablar con tu padre, Kay.

—No está, doctor.

—¿Cuándo volverá?

—No lo sé. Le estamos esperando.

Alan se levantó para dirigirse hacia el vestíbulo.

—Lo mismo puede venir esta noche que dentro de una semana. Pero… ¿Por qué no dice lo que desea, doctor?

—Sí, lo diré. Se trata de ese ser extraño que tenéis en vuestra casa. Si no deja de meterse con mis clientes voy a presentar una denuncia. No quisiera hacer ningún daño a tu padre, Kay. Hace muchos años que nos conocemos.

—¡Doctor Lemont! Dinker no ha hecho nada.

—No se habla de otra cosa en la ciudad, Kay. Es un impostor.

—Doctor Lemont, Dinker es nuestro invitado.

—Lo siento, Kay. Me duele que, si hay escándalo, y lo habrá, tú y tu padre podáis salir perjudicados. Por eso os aviso. Advertid a ese hombre…

Alan sonrió.

—¿Teme que le roben su clientela, doctor?

—No es momento para bromear, Alan.

—Ya advertí a Kay, doctor. Temí que ocurriera algo. Siempre ocurre cuando se mezcla un competidor.

—Lo que puedes hacer, Alan es no mezclarte tú, puesto que parece que el asunto te hace tanta gracia.

—Mire, doctor Lemont, prefiero tomarlo a broma, de lo contrario, y aun dándole la razón, tendré que recordarle que está usted en casa de mi novia y que no me gusta que nadie le hable en ese tono.

—Lo siento —se disculpó Lemont con sequedad.

Dio media vuelta y se alejó por el jardín.

Poco después la pareja en silencio regresaba al cuarto de estar.

Alan, sentándose, dijo:

—Te advertí, Kay. Las complicaciones empiezan.

La voz de Dinker sonó al pie de la escalera.

—No quiero ser la causa de esas complicaciones. He decidido irme.

—No, Dinker —protestó Kay yendo hacia el hombre.

—Es inútil. Su padre no conseguirá nada. Trataré de que en otros países me escuchen.

—Espere a que llegue —insistió Kay.

—¿Y ser la causa de que las gentes les miren como si fueran ustedes delincuentes? No, Kay. Ustedes para mí son unos amigos excelentes. Alan tiene razón. Yo soy la causa de todo y siempre he sido partidario de eliminar las causas. Mi marcha lo resolverá todo.

XI

—El Presidente trata de organizar una reunión con los Jefes de Estado de todo el mundo y, cuando parece que se abre una posibilidad, dejáis que Dinker se vaya.

—No pudimos retenerle, papá —replicó Kay.

Alan, reunido también en el observatorio particular de Kimball, intervino:

—Dijo que trataría de arreglarlo por su cuenta…

Kay preguntó:

—¿Qué dijo el presidente?

—Bueno, primero entre los reunidos hubo el natural escepticismo. Ya contábamos con ello, pero al final se recibió una llamada de Moscú. Dos «objetos no identificados» cayeron cerca de una localidad. Sucedió lo mismo que aquí.

—¿Y creían que se los habíamos mandado, nosotros? —preguntó con su tono siempre irónico Alan.

—Tantearon el asunto. Luego el presidente les habló de Dinker. Pensaba pedir su colaboración y ahora… ¡Qué vamos a decir!

—Habría que localizarle —comentó Kay.

—Dios sabe dónde estará —exclamó el profesor.

* * *

WOROKIHEFF, URSS, un día después.

El coronel Oustinow bebió de un trago su vaso de vodka y preguntó, después de echar al aire el aliento:

—¿De veras no quiere probar nuestra bebida nacional?

Dinker negó.

—Gracias, coronel. No me apetece. Temo que sus bebidas no favorecen el organismo.

—En cambio, opino, amigo mío, que en su planeta viven atrasados, al menos en ese aspecto.

—Ya no viven de ninguna manera, señor —replicó con gesto grave Dinker.

La puerta del despacho se abrió y otro hombre con uniforme de coronel se dirigió hasta ellos.

Oustinow se levantó.

El recién llegado informó:

—Podemos salir inmediatamente. Se han cursado las órdenes para que cesen los intentos que se estaban llevando a cabo para combatir la radiactividad de la zona donde ha caído el meteorito.

—¿Ha llamado a Washington? —preguntó Oustinow.

—Sí, sí. Saben ya que Dinker está con nosotros.

* * *

Media hora más tarde llegaban al lugar acordonado por fuerzas del ejército.

—¿Cómo llegó hasta nosotros, Dinker? —preguntó Oustinow.

—Vi cómo caían esos meteoros y calculé aproximadamente la distancia.

—¿Lo vio?

—La última vez que estuve en casa del profesor Kimball. Pensé que, mientras pueda seguir demostrando que tengo medios para combatir los peligros que reclaman ayuda inmediata, algo útil habré hecho, ya que por lo visto no están dispuestos a creer en una catástrofe mucho mayor que se avecina.

Dinker hizo exactamente lo mismo que en los Estados Unidos.

Tras impermeabilizar su traje avanzó hacia la materia radiactiva a fin de dejarla inmune, tras utilizar su rayo fumigador.

Naturalmente los científicos rusos también mostraron su marcado interés en examinar la composición de las rocas.

Nada difirió. Nada absolutamente.

Tampoco en lo de conseguir que creyeran en sus vaticinios.

—Nuestro país —informó Oustinow—, tiene medios sobrados para poner a su disposición el material preciso para la confección de trajes espaciales, más potentes que los usuales y, naturalmente, contamos con material suficiente para la fabricación de armas. Pero esto no puede decidirse en un día.

—Me doy cuenta de que, si bien sus sistemas de gobierno pueden ser distintos, en el fondo tienen bastante en común. No se dan cuenta de la inminencia del peligro.

—Quédese con nosotros, Dinker. Es invitado de nuestro país.

—Gracias, pero he decidido marcharme.

—¿Dónde?

—No lo sé, pero ¿a quién puede importarle?

* * *

Dos días más tarde, en un lugar de la campiña francesa.

El campesino de rostro curtido por el sol y aspecto saludable sonrió.

—¿De veras no había visto nunca tiendas de *camping*?

Dinker sentado al borde del camino vecinal miraba al otro lado.

Un campamento de regulares dimensiones estaba lleno de tiendas

de campaña.

Desde allí podía oírse el rumor de las conversaciones, las risas juveniles, música heterogénea procedente de aparatos de radio. Niños correteando.

Dinker negó.

—No. Nunca había visto esto.

—Pero… ¿De dónde sale usted, amigo?

—De… de por ahí. No importa.

—Hace dos días que le veo rondar por aquí. Yo creí que era uno de ellos… de los del camping.

—No, no. Yo estoy solo.

¡Qué tipo más raro!, debió de pensar el campesino.

—Siempre andan detrás de la fruta. ¿Sabe? Si uno no vigilara, dejarían los árboles en el tronco.

—Es bonito vivir al aire libre.

—¿Dónde vive usted?

—En cualquier parte…

—Pero dormirá en algún sitio.

—Bajo los planetas.

—¿Bajo qué?

—Bajo las estrellas.

—¡Ah, ya! ¿No tiene domicilio?

—¿Domicilio?

—Sí. He dicho domicilio. ¿Me toma el pelo?

—Perdone… Quizá le estoy molestando.

—Está usted en mis tierras y quisiera saber qué diablos busca…

—Nada, pero si le molesto puedo irme.

El campesino miró en torno suyo en silencio. No sabía cómo juzgar a aquel sujeto.

De pronto sus ojos se fijaron en algo.

Huesos de albericoques y melocotones…

—¡Diablos! —exclamó—. Aunque uno vigile le roban en sus propias narices…

—¿A qué se refiere?

—Alguien ha estado comiendo fruta.

—He sido yo. Es muy sabrosa.

—¡Y encima tiene la desfachatez de decírmelo en la cara!

—¡Claro! Es la verdad…

—Eso vale dinero, amigo… Ya se está largando.

Dinker se levantó.

—Oiga… De donde yo vengo los árboles no tenían dueño. Sus frutos podía comerlos cualquiera.

El campesino había perdido el aguante. Alcanzó a Dinker y sujetándole con fuerza por el jersey espetó:

—Basta de cuentos. Largo de aquí.

Dinker, sin inmutarse, sin acusar en absoluto el zarandeo del campesino, replicó:

—Lo siento. De veras que lo siento…

Entonces se oyó un grito.

Un grito espantoso, aterrador.

Procedía de algún lugar del camping.

Dinker saltó hacia el camino y se dirigió hacia el lugar de donde había procedido la voz.

En el suelo, junto a los matorrales, había una mujer, una mujer joven.

Su vestido liviano aparecía como chamuscado. La mayor parte de su cuerpo estaba al descubierto con visibles quemaduras, en las piernas, en el pecho.

Dinker la examinó un momento con atención y en seguida creyó percibir un sonido leve, muy leve.

Era como un silbido apagado, lejano.

Se volvió rápidamente y buscó en torno suyo.

No lejos descubrió algo que se movía. Algo brillante, reluciente.

Inmediatamente se lanzó al suelo.

Casi al mismo instante un potente chorro de chispas de fuego llegó hasta pocos metros de donde se encontraba.

—¡Uno de ellos! —exclamó.

Y por entre la maleza asomó la «cosa».

XII

Dinker salió corriendo antes de que llegara la gente del campamento.

Todo había sucedido muy rápidamente.

Se sentó al borde del río donde unos bañistas corrían todavía atraídos por los gritos de los demás.

— ¡Ha sido allí! —decían.

Y allí… Encontraron el cuerpo sin vida de la joven, pero nadie se dio cuenta de que a muy poca distancia, entre los hierbajos, los rayos del sol reflejaban algo metálico.

Eran partículas insignificantes, como si fuesen virutas, algo parecido a los estropajos de aluminio, deshilachados.

Dinker sabía bien lo que habían sido aquellos restos…

¡Un autómata de Ardan!

Un autómata de Ardan con la misión específica de destruir la Tierra.

Dinker guardó su fumigador en la cartera.

Aquella vez había llegado a tiempo, pero… ¿Y la próxima?

¿Lograría evitar que la llegada de otros observadores precipitara el fin?

Poco podía hacer un hombre sólo contra todos los habitantes de un planeta de autómatas.

Las voces interrumpieron sus pensamientos.

—Había un hombre por aquí… —decía alguien.

Otro corroboraba:

—Sí. Un tipo vestido de negro.

Una tercera voz seguía:

—Le vi ayer en los frutales.

—Ése debió de ser.

—Hay que avisar a la policía.

—No puede estar lejos.

Las voces se multiplicaban.

—Debe de ser un sádico.

—¡Un maníaco!

—¡Hay que atraparle!

¡Cielos! Estaban acusándole a él.

* * *

No le atraparon. Se dejó prender sin resistencia.

En la comisaría habló.

—Conozco a poca gente, pero tal vez el coronel Oustinow en Moscú o el profesor Kimball en un lugar llamado Pearl Springs puedan decirle que no miento.

El comisario sacudió la cabeza.

—Entonces… ¿Insiste usted que es un ser de otro planeta, eh? Bien, hombre, bien… ¿Qué diría si yo le dijese que soy Cristóbal Colón?

Dinker no comprendía.

—Voy a hacer el último ruego a las gentes de este Planeta. Hablaré con el jefe de su gobierno. Y, si inmediatamente no ponen en marcha mi plan, tendrán que atenerse a las consecuencias.

—Basta de estupideces, amigo. Llevo veinte años en la policía y he escuchado muchas tonterías, pero ninguna como ésta.

—Sí. Comprendo que aquí, en la Tierra, están acostumbrados a que se les mienta. Tal vez por eso la gente es tan desconfiada.

El comisario pegó un puñetazo sobre la mesa y gritó:

—¡Basta ya! Encierren a ese tipo.

Su mal humor estaba justificado. Llevaba más de una hora interrogándole sin el menor resultado.

Dinker tampoco parecía inmutarse.

Dos agentes se lo llevaron hasta una celda.

El comisario exclamó.

—Dentro de una hora proseguiremos el interrogatorio.

Dinker penetró en la celda observando cómo los agentes cerraban la puerta provista de control electrónico.

* * *

Una hora más tarde.

—¡Es asombroso!

—¡Increíble! Llama al comisario.

La celda donde había estado encerrado Dinker carecía totalmente de puerta, como si nunca hubiese existido.

Y, naturalmente, Dinker no estaba dentro.

Otro agente llegaba por el fondo del pasillo anunciando:

—Hay un boquete en la pared… No comprendo qué ha podido suceder.

Calló al ver la celda sin la puerta correspondiente.

—¡Cielos!

Por la parte trasera los curiosos se agolpaban ante el boquete que parecía haber sido cortado a cuchillo.

En derredor no había ninguna piedra, ni nada que indicara que aquello hubiese sido derribado.

Parecía más bien una entrada sin puerta.
A lo sumo un pequeño montoncito de arena rojiza a un lado.
Quizá lo que quedaba del muro después de haber sido fumigado…

XIII

—Sólo he venido a despedirme —dijo lacónicamente Dinker.

El profesor y Kay se mostraban sorprendidos y contentos a la vez.

—No, Dinker, no se vaya ahora. Es posible que consigamos algo de lo que usted propuso —rogó Kimball.

Kay asintió.

—Haga caso a mi padre, Dinker. Nosotros confiamos en usted.

—Lo sé, por eso he vuelto. Quería decirles adiós.

—Pero ¿dónde irá usted?

—Hay otros sitios. No importa. Al fin y al cabo pronto todo concluirá. Es cuestión de días.

—¿Piensa que en otros planetas habitados encontrará la ayuda que precisa?

—Posiblemente, pero ya no podré hacer nada. La potencia de mi rayo para proyectarme está terminándose.

«La conservaba con la esperanza de llegar a Ardan.

—No la malgaste, Dinker… Empezaremos a trabajar con nuestros propios medios. Smalley está de nuestra parte. Y me consta que otros científicos también.

—Usted puede salvarnos, Dinker —adujo Kay.

El profesor se dirigió hacia la escalera.

—He hecho algunos estudios, voy a mostrárselos. Kay, llama a Smalley, ¿quieres?

Al quedarse solos, la muchacha seguía mirándole con ojos suplicantes. Dinker la miraba a su vez con ternura.

Era otro ser cuando contemplaba a la joven.

—Por usted, Kay… Sigue recordándome a aquella joven de quien le hablé… Mucho.

Avanzó hacia ella y extendió sus brazos.

—Bueno, Dinker… Deje que haga esta llamada.

* * *

Los estudios sobre la posible materia y sus mezclas a emplear para la confección de los trajes especiales, que había realizado Kimball, fueron ligeramente modificados por el propio Dinker.

Las pruebas se hicieron en el laboratorio de Smalley.

—Yo entiendo poco de números —dijo éste, tras echar unas cuentas—, pero esto va a costar bastante dinero.

—Todo está a punto —replicó Kimball—. Tal vez si conseguimos

que se fabrique una sola muestra lograremos convencer al Presidente.

No fue necesario.

La caída de nuevas piedras radioactivas en Francia, Inglaterra, Islandia, Australia y en las islas Hawai aceleró la cuestión.

El peligro era, en electo, mundial.

Kay, que colaboraba activamente, vino con la noticia.

—Ha llamado Houston en casa, papá. Han aprobado todo. Dinker contará con todos los medios.

—Bueno, Dinker —sonrió el profesor—. Esperemos que no sea demasiado tarde.

Kay se acercó al joven.

—Ahora le piden que elimine la radioactividad de esos sitios.

—Lo haré. Pero primero tengo que preparar todo el plan de trabajo. Entretanto que comuniquen a esos sitios para que tomen las precauciones necesarias.

—¡Dinker! —interrumpió Smalley—. ¿Viaja usted proyectándose con su rayo, verdad?

—Así es…

—¿Y eso…? ¿No debilitará su potencia?

—Las distancias en la Tierra son muy cortas comparadas con las del espacio. No tiene importancia.

* * *

Aquella misma noche Dinker se dispuso a ir en auxilio de las naciones afectadas.

Primero las Hawai.

Desde el mismo jardín de la casa del profesor, preparó su partida.

Multitud de curiosos se habían congregado.

La noticia de lo que estaban haciendo se había propagado con todo detalle y ya no era secreto el inminente peligro para el planeta tierra.

Dinker sacó de su cartera algo parecido a una linterna de dimensiones bastante grandes. Llevaba consigo algunos conmutadores, si bien el mecanismo en general parecía bastante fácil.

—¿Necesita ayuda? —pregunto Kimball

—Sólo para los viajes interplanetarios.

Miró otra vez el mapa y graduó una especie de contador adjunto a la parte posterior del foco linterna.

Con mano firme lo tendió hacia un punto determinado y pulsando un botón comenzó a brillar una luz.

El foco fue agrandando su longitud.

La luz iba ganando en intensidad hasta convertirse en un reflector de potencia cegadora.

Unos tirantes de material parecido a la goma sirvieron para sujetar el foco a la altura del pecho de Dinker,

Pulsó un nuevo botón y entonces todo ocurrió más de prisa de lo que los curiosos podían prever.

La luz se hizo más intensa.

Como si la linterna foco tuviera salida por Ja parte posterior, Dinker quedó totalmente iluminado.

En seguida se hizo de nuevo la oscuridad.

Todos pudieron comprobar que había desaparecido.

Su imagen quedó proyectada a lo lejos durante unas fracciones de segundo, como una silueta fantasmal.

Luego el rayo desapareció.

Kimball anunció:

—Dinker ha llegado a su destino.

XIV

Dos días más tarde.

En el mundo, el peligro de las piedras radioactivas había sido eliminado.

Quince minutos exactamente había invertido Dinker en su labor, cruzando la superficie terrestre de parte a parte.

En el laboratorio el trabajo se había intensificado hasta el extremo de que los primeros trajes estaban ya dispuestos.

Pero había que probarlos.

—Yo lo haré —dijo Dinker.

—¿Necesita ayuda? —preguntó el general Houston, que había ido expresamente, al laboratorio.

—No, puedo hacerlo solo. De todas formas habrá que esperar.

Los trajes sólo podían ser probados ante una radioactividad semejante a la de los meteoritos caídos hasta entonces.

—Necesitamos disponer de los mismos elementos y no contaremos con ellos hasta dentro de una semana.

Kimball asintió.

—El combustible atomizador para el armamento puede servir para efectuar la prueba, pero no tendremos las primeras muestras hasta dentro de unos días.

—Ténganme al corriente —pidió Houston.

Sin embargo, no fue necesario esperar dos días.

* * *

Las gentes, que a las doce del mediodía circulaban por el centro de Rockfeller, corrían despavoridas al darse cuenta del extraño objeto que se precipitaba sobre sus cabezas.

El «objeto», sin embargo, fue a dar contra la cúspide del edificio Rockefeller, que pareció arrancada de cuajo.

Afortunadamente la mayoría de la gente había abandonado el edificio.

La piedra se incrustó materialmente en el edificio hundiendo la techumbre de tres pisos.

La manzana fue acordonada hasta donde los contadores Geiger registraban el peligro radioactivo.

A las dos de la tarde había llegado Dinker…

Era el momento de probar su traje.

Si fallaba, moriría el único hombre que podía salvar al planeta

tierra de la destrucción total.

Los ascensores se habían paralizado por completo. Dinker no podía utilizar su rayo-protector debido a la corta distancia.

Tenía que hacer la ascensión a pie.

Houston mantenía contacto telefónico en línea directa, especialmente instalada cerca del edificio.

Kimball y Kay seguían impacientes las incidencias.

—Está subiendo. El contador interior no indica radioactividad —informó Houston después de recibir las últimas indicaciones.

Dinker seguía ascendiendo. A través de su transmisor informaba.

—Me faltan doce plantas.. Sigo sin novedad. En seguida el operador transmitió a Houston.

—Me acerco a la planta once. El contador interior permanece inactivo.

—¡Papá! ¿Crees que lo conseguirá? —preguntaba Kay.

El profesor guardó silencio unos momentos. Al fin replicó:

—Si nada ha fallado el traje tiene que resistir. Pero desde luego puede existir algún error. Dios no lo permita.

Nueva transmisión desde el Rockefeller.

—Planta once. Todo va bien. Dinker seguía escalón tras escalón sin mostrar fatiga.

Se acercaba a la planta diez… Cruzó el rellano de la escalera interior y siguió hasta la novena.

Todo seguía en orden.

¡Ocho plantas le separaban del objeto radioactivo!

—Sólo siete, general. Sin novedad. Desde el laboratorio Kay lanzó un suspiro. Poco después el general informó:

—Ya sólo faltan seis.

«Lo conseguirá, lo conseguirá», se decía mentalmente Kay.

Dinker proseguía.

Se detuvo un momento en la planta quinta. El Geiger pareció oscilar un momento.

Dio unos pasos hacia delante y comenzó la ascensión de los primeros escalones.

Se detuvo.

Algo no marchaba bien.

Comprobó los cierres herméticos del traje espacial.

En el laboratorio, Kay preguntó:

—¿Por qué no llevó consigo su traje?

Dinker había cambiado su atavío habitual por un traje corriente.

Kimball aclaró:

—No servía para la prueba. Tenía que hacerlo como lo hará

cualquiera cuando sea el momento de emprender el viaje hacia Ardan. Es el único medio de comprobar la eficacia.

El general dejó oír su voz para preguntar:

—¿Qué ocurre allá arriba?

—No lo sé, señor.

—Pregunten a Dinker.

El operador estableció contacto con Dinker.

Éste respondió al poco tiempo.

—Falsa alarma. Todo sigue bien. Estoy en la quinta planta antes de llegar al objetivo.

Subía más lentamente, atento al menor movimiento o sonido del contador que llevaba entre ambos trajes.

—Planta cuarta. Sin novedad.

Tercera, segunda…

Sólo faltaba una planta.

Nueva oscilación en la aguja. Oscilación breve.

La angustia se acrecentaba por momentos. No podía fallar en el último momento, porque, si la prueba no tenía éxito…

—Estoy ante el objetivo —dijo Dinker.

¡Lo había conseguido!

* * *

—Alguna partícula de aire debe de filtrarse a través de los cierres. Cuiden de hermetizarlos. Por lo demás, la mezcla empleada ha dado resultado— confirmó poco después.

Desde el laboratorio de explosivos nucleares informaban que ya tenían las primeras pruebas preparadas para ensayar los atomizadores.

Todo iba bien…

* * *

El peligro estaba allí.

Era ya de noche.

Kay había salido a respirar aire puro por indicación de Dinker.

—Llevaba demasiadas horas encerrada.

—Trato de ayudar.

—Y lo hace muy bien, Kay, pero ahora descanse.

Su salida coincidió con la llegada de Alan, que acababa de apearse de su descapotable.

Se acercó a Kay, que se había sentado al borde de un pedrizo.

—Últimamente no nos hemos visto mucho —sonrió el joven.

—No, Alan. Pero me alegro de que estés aquí.

—Bueno… He venido directamente de la ciudad.

—¿No has cenado?

—No. Espero que encontremos algún lugar por aquí.

—Compraremos unos bocadillos. Papá y Dinker tampoco han comido.

—Está bien. Voy á saludar a tu padre y en seguida nos vamos. ¿Vienes?

—Te espero aquí, Alan.

El joven la miró durante unos instantes y la atrajo hacia sí.

En aquellos momentos ninguno de los dos se dio cuenta del peligro.

¿Era peligro, realmente?

Los ramajes de la parte lateral del laboratorio se habían movido ligeramente.

Tal vez Dinker con su fino oído hubiera percibido un débil chasquido, algo apenas audible, pero sumamente peligroso.

Alan y Kay seguían entrelazados.

En la espesura alguien continuaba moviéndose.

Poco a poco las ramas se separaron y asomó algo reluciente.

Era parecido a una cabeza humana.

Una cabeza brillante, extraña.

Una faz sin ojos, sin nariz, sin boca.

Cuando la luz lateral del edificio le dio de lleno pudo verse claramente aquella extraña masa pulimentada, oval, completamente metálica.

Luego el cuerpo.

Tenía forma humana, igual que las piernas, con las rodillas flexibles…

Sin embargo, todo era metal, metal…De sus brazos como largas tenazas articuladas pendían dedos afilados como garfios.

En una de las manos, el objeto era portador de un extraño artefacto no mayor de una pistola del nueve largo.

Con aquel rostro sin ojos parecía estar pendiente de la pareja.

Alan se alejaba hacia el edificio.

—No tardo ni dos minutos —dijo.

Ella avanzó unos pasos hacia el otro lado.

Se sentó en uno de los bancos, dando la espalda al objeto metálico que comenzaba a avanzar con extremado sigilo.

Le separaban unos treinta metros de Kay.

Siguió caminando con paso lento, sin volver la cabeza, como si todo formara parte de su cuerpo.

Sólo las piernas y un ligero movimiento en los brazos delataba la articulación del ser extraordinario, escalofriante…

Veinticinco metros.

Veinte.

Kay seguía sentada, inconsciente del peligro.

Volvió ligeramente la cabeza a un lado. Tai vez comenzó a sentir la sensación de que alguien le observaba.

¡Y la observaban!

La observaban sin ojos, la percibían sin oídos, olían su perfume sin nariz.

Quince metros, diez.

Kay se levantó.

Dio unos pasos hacia delante y luego se volvió.

—¡No! —balbució.

Su rostro se contrajo por una mueca indecible.

Sintió terror, incertidumbre, pánico y sorpresa…

El ser irreal, fantástico, siguió avanzando.

Kay retrocedió. Sin darse cuenta sus zapatos tropezaron con el bordillo de un parterre.

Cayó sentada al suelo perdiendo totalmente el equilibrio.

El hombre metálico enderezó el brazo derecho portador del extraño artefacto.

Kay intentó levantarse, aterrorizada, con un nudo en la garganta que le impedía articular una sola palabra.

A gatas, rastreando, a trompicones trató de correr por encima del césped, pero tropezó de nuevo con algo y cayó de nuevo.

El hombre seguía allí. La encañonaba con su especie de pistola.

Iba a disparar…

—¡Kay!

El grito resonó por todo el ámbito.

Era Alan. Se había dado cuenta del peligro.

Había salido de nuevo. Quizá sin ver al profesor, tal vez porque olvidó decir algo a su novia.

No importa. Estaba allí y veía a su novia en peligro.

No midió el peligro.

Corrió hacia el hombre metálico.

Éste, tras el grito, se había vuelto y empuñaba su extraña pistola encañonando a Alan.

El joven no le dio tiempo a usarla.

Se precipitó con furia, pero todos sus esfuerzos fueron inútiles al chocar contra la masa metálica, compacta.

Golpearle era inútil. Tratar de doblegarle, imposible.

Sin el menor esfuerzo el hombre metálico, con un ligero movimiento con el brazo zurdo, empujó a Alan.

Como un alud el joven retrocedió hasta dar con sus costillas en el suelo.

Trató de levantarse de nuevo. Sus manos habían tropezado con una piedra.

La agarró como quien pone en el intento toda su esperanza.

Blandió el brazo y arrojó la piedra con furia.

Rebotó en el rostro del extraño robot, sin producirle la menor abolladura.

Se precipitó de nuevo contra él, pero se encontró con un puño —o lo más parecido a ello— que le sacudía, elevándolo unos centímetros del suelo, para volver a caer sobre él una y otra vez.

Alan se sentía magullado y a la par impotente.

Tanto él como Kay estaban a merced del monstruo.

XV

Dinker había presenciado la escena a través de una de las ventanas.

Su reacción fue fulminante.

Desde la altura del segundo piso se lanzó como si tuviera alas.

Dinker no las tenía. Su salto fue el de un humano cualquiera, pese a que cualquier mortal podía haberse matado o tal vez roto una pierna en la caída.

Dinker flexionó las piernas y cayó como si lo hiciera sobre un lecho de muelles.

Acaparó la atención del robot, que dirigió contra él la pistola.

Dinker se lanzó en plancha hacia un lado y advirtió a Alan:

—Apártense de su trayectoria —gritó..

De la extraña pistola surgió un chorro de chispas. No como si fuera un lanzallamas normal. Más bien semejaba a las esquirlas de fuego que surgen cuando se efectúa una soldadura eléctrica.

El árbol cercano tras el que se parapetaba Dinker pareció ser brutalmente arrancado de cuajo por la base. El tronco había quedado prácticamente difuminado y el resto con la copa se precipitaba contra el robot.

Éste había saltado con increíble agilidad para esquivar el posible golpe.

Pero entretanto Dinker había tenido tiempo suficiente para accionar los mandos de su fumigador que había llevado consigo.

Cuando el hombre metálico trataba de abrir fuego nuevamente, el chorro del aparato de Dinker buscaba su estructura metálica, pero el ataque no dio en el blanco.

El robot había corrido hacia los setos del parterre, justo donde Kay se hallaba refugiada.

Alan, jadeante, gritó:

—¡Kay!

Trató de levantarse y correr hacia los parterres.

Dinker se lo impidió.

—¡Quieto, Alan!

—Kay está allí.

—Lo sé. Yo iré por ella.

Ágilmente Dinker se incorporó de un salto y corrió en zigzag hasta los arbustos.

Se lanzó hacia un lado en un extraordinario salto y así evitó que un nuevo chorro de fuego chisporroteante le alcanzara de lleno.

—Apártese, Kay —gritó.

No podía disparar sin riesgo de herir a la muchacha.

Kay asomó un instante y Dinker creyó verla correr en dirección opuesta.

Dinker accionó a bulto el control de su fumigador y la llamarada prendió en los setos.

El robot salió disparando a su vez.

Como si supiera que sólo hallaría la cobertura necesaria amparándose tras de Kay, corrió en su busca.

Dinker cambió de posición y saltó hacia los setos aterrizando sobre el blando césped.

El rayo de fuego pasó a escasos centímetros de su cuerpo y tuvo que dar una vuelta sobre sí mismo para impedir que el desvío de la trayectoria, que había imprimido el hombre metálico, le alcanzara.

Seguía el ataque del extraño personaje.

—Corra, Kay, dé la vuelta.

El robot se volvió para ir tras la muchacha.

Estaban muy cerca.

Kay tropezó y cayó en el suelo.

El hombre metálico sólo tenía prácticamente que inclinarse para tocarla.

La muchacha lanzó un grito de terror.

—¡Aquí, Ardan! —gritó Dinker, avanzando a cuerpo descubierto hacia el robot.

El hombre metálico se volvió.

Aquella vez el chorro fumigador de Dinker le alcanzó de lleno.

Un ronquido ensordecedor retumbó en el ambiente, mientras el robot iba cambiando el color del metal y éste, como hierro fundido, desaparecía rápidamente.

Todavía Dinker tuvo que seguir dirigiendo su chorro desde el suelo porque su enemigo, aun con medio cuerpo, seguía apretando la palanca de su pistola.

Al fin, poco a poco, como derretido, fue desapareciendo, atomizándose hasta que sobre el césped no quedó otra cosa que un insignificante polvillo reluciente y unas escasas virutillas, como si se tratara de restos de un estropajo de aluminio.

Kay, jadeante, aterrada, se levantó, mientras Alan corría a abrazarla. Pero ella sólo tenía ojos para Dinker.

—Gracias —balbució la muchacha—. Me ha salvado usted la vida, Dinker.

XVI

—Hay que acelerar el máximo la fabricación —pidió Dinker.

El general Houston asintió.

—Lo comprendo, pero no es posible hacer más de lo que se está haciendo.

Había transcurrido un día desde la lucha con el hombre de Ardan y el general fue informado debidamente.

Dinker en el laboratorio comentó:

—Es posible que, en otras partes del planeta, hayan llegado o estén llegando otros habitantes de Ardan.

—Se ha dado la alarma. Se vigila desde todas partes y los operadores de radar están alerta.

—La velocidad de cualquiera de esos seres es imposible captarla en una pantalla de radar.

—¿Cómo consiguen llegar?

—Se proyectan del mismo modo y por el mismo procedimiento quo lo hago yo.

Houston se daba perfecta cuenta de la situación.

—Sólo se les puede combatir con esa clase de armas —y mostró el apáralo fumigador que tenía ante la mesa de laboratorio—. Pero no dude que pueden fabricar seres mucho más consistentes…

Kimball intervino:

—¿Cree que es posible?

—Hay pocas cosas que la central electrónica de los metálicos de Ardan no pueda conseguir. El proceso de fabricación es ultra rápido. Si consiguen una materia impermeable a los rayos atómicos, dominarán plenamente la situación.

—Hay que destruir esa central —comentó el general convencido.

—Exacto. Sin cerebro electrónico que los dirija, esos seres se convertirán en pura chatarra.

* * *

Poco después, Dinker llegaba hasta la casa del profesor.

Kay se encontraba en cama después de los minutos de horror vividos la noche anterior.

El shock había sido tremendo y fue el propio Dinker quien le prescribió el descanso, aparte claro está de que el profesor Kimball había sugerido la intervención del doctor para evitar posibles roces.

Kay se había levantado y salió al jardín en unión del propio doctor

Lemont, justo en el momento en que Dinker llegaba a la casa.

Lemont saludó secamente al recién llegado. Interiormente todavía parecía algo resentido. El orgullo, a menudo, es más fuerte que la comprensión.

Dinker no le hizo el menor caso. Todo su interés estaba concentrado en Kay.

—¿Cómo se encuentra?

—Todo pasó. Gracias, Dinker.

—Supongo que debió de llevarse un susto horrible.

—Sí… Nunca había visto nada igual.

Se sentaron cerca de la entrada de la casa.

—Pronto desaparecerá la amenaza.

—¿Cuándo estarán dispuestas las cosas, Dinker?

—El general dice que no es posible acelerar la fabricación y he pensado que habrá que empezar con lo que contamos. Hay armamento como para un centenar de hombres.

—¿Será suficiente?

—Tendrá que serlo.

—¿Y los hombres?

—El general ha elegido algunos del cuerpo de pilotos espaciales, pero faltarán. Creo que ya se han conseguido voluntarios.

—¿Hablo con Alan?

—No… Es mejor que se quede.

Kay guardó silencio.

Tras mirarla largamente Dinker prosiguió:

—No será nada fácil. ¿Sabe?

—¿No quiere que le ocurra nada?

—Es su novio…

Volvió a hacerse el silencio. Dinker seguía mirándola con sus ojos penetrantes.

Al fin comentó:

—Es un hombre afortunado.

Kay comprendió la insinuación.

—En mi planeta también existía el amor, Kay.

Instintivamente Kay se apoyó sobre el pecho de Dinker.

Había una mutua comprensión entre ambos. Tal vez para el hombre aquella comprensión superaba los límites de un simple afecto.

Quizá también Kay sentía por él algo que iba más allá de la amistad.

Ninguno de los dos, sin embargo, despegó los labios.

Y en aquel breve segundo les sorprendió Alan.

La escena no le gustó. No le gustaba ver a su novia interesada por

Dinker.

—Espero no estorbar.

Dinker se levantó.

—He venido a ver a Kay.

—¿Y necesita tocar todo lo que mira Dinker?

Alan no había podido reprimirse.

—¡Alan! —exclamó Kay en actitud de reproche.

—Empiezo a hartarme de todo esto…

—No tienes derecho, Alan…

—Disculpen.

Dinker hizo acción de irse.

—Sí. Usted siempre encuentra una salida… ¿No es eso?

—No tiene por qué hablarnos así, Alan —dijo simplemente Dinker.

—Estoy hablando de mi novia y de sus reiteradas atenciones. —Dirigiose a la chica y añadió—: Es un superhombre, ¿verdad? Te salvó la vida. Yo no pude hacerlo. Soy un simple terrícola.

Era la primera vez que la ironía de Alan sonaba a amarga, agresiva.

—Buenas noches —saludó ella con intención de regresar a la casa.

—Es usted como un niño, Alan —le afeó Dinker—. Ha conseguido ponerla de mal humor.

—Métase en sus cosas, señor Flash Gordon, y apártese de Kay. Se lo advierto.

—No me gusta que me amenacen, Alan.

—¡Claro! Usted es invencible. Lo puede todo.

—No quiero discutir.

Alan se abalanzó sobre Dinker y le sujetó por el jersey.

—Se lo advierto, Dinker. Yo no temo a nada, ni siquiera a usted. ¿Comprende?

—Suélteme, Alan.

—Sí. Voy a soltarle.

Le empujó con violencia.

Instintivamente Dinker se puso en guardia, dejando sobre el césped su inseparable cartera.

Alan, al ver el gesto de su antagonista, se precipitó de nuevo,, soltándole un buen directo, que Dinker encajó en pleno mentón, perdiendo ligeramente el equilibrio.

Cayó sobre su propia cartera y un ligero sonido indicó que algo se había roto.

Instintivamente la abrió.

—¡Vamos, levántese! —gritaba Alan.

Dinker sacó su fumigador.

Algunas de las piezas se hallaban sueltas.

—Puede estar contento de su obra.

Se levantó y añadió entre dientes:

—Sólo trato de ayudarles y usted estropea todo por una tontería… Ruegue que no necesite esto… Ruegue, Alan… ¡Merecería que le aplastara las narices!

Se alejó examinando el deteriorado aparato.

Entre las sombras del jardín, los arbustos comenzaron a moverse.

Lentamente, las pisadas de un nuevo hombre metálico iban quedando grabadas en la tierra húmeda.

Avanzaban hacia la entrada de la casa a donde Alan se dirigía, mientras Kay aparecía de nuevo en el umbral.

—Te has portado como un niño, Alan.

—Perdona, Kay. Yo…

El robot seguía avanzando, avanzando…

XVII

¡Alan!

El grito de Kay dio cuenta del peligro que ya tenían encima.

El robot levantaba su mano, encañonando a la pareja con un artefacto similar al que usó su compañero la noche anterior.

—¡Dios mío! —exclamó Alan—. ¡El fumigador de Dinker está estropeado!

Entraron precipitadamente en la casa.

—Hay que cerrar bien todo.

Kay obedeció, mientras Dinker iba hacia las ventanas con el fin de asegurar su cierre.

Todo era inútil.

Al robot le bastó pulsar la palanca de su pistola para derretir prácticamente la puerta.

Entró en la casa.

Pero el grito de Kay había atraído a Dinker, que corría de nuevo hacia la entrada.

—¡Ardan! —gritó para atraer la atención del «metálico».

Cuanto éste se volvía, Dinker corría hacia el lado opuesto, y, de un salto impresionante, entraba en la casa a través de una de las ventanas, rompiendo el cristal.

—¡Dinker! —gritó Kay.

—Una cuerda. Necesito una cuerda.

—¡En el garaje! —replicó ella.

—Yo iré —exclamó Alan.

—Por la puerta trasera, Alan.

Antes de irse, éste cambió una mirada con Dinker.

—Siento lo de antes, Dinker. Perdí la cabeza.

—Ahora no es tiempo de hablar. Corra.

Kay y Dinker corrían hacia la parte superior. El robot iba tras ellos, después de cruzar el umbral de la puerta.

—¿Hay una ventana? —preguntó Dinker.

—Sí. En mi habitación.

Entraron.

—Vigile.

Corrió hacia la ventana y la abrió.

Desde el umbral de la puerta, Kay exclamó:

—Está subiendo, Dinker.

—Venga aquí.

Kay obedeció.

Rápidamente, Dinker había deshecho la cama y utilizaba las sábanas anudándolas.

A modo de cuerdas ató una en el pie de la cama y echó el resto por la ventana.

—Vamos, Kay. Tendrá que salir así.

—¿Y usted?

—Cuando tenga la cuerda veré lo que puedo hacer.

Kay comenzó a deslizarse.

Abajo asomó Alan con la cuerda.

—Écheme la cuerda. Alan —gritó Dinker—. Y cuide de Kay.

Alan echó la cuerda enrollada y Dinker la tomó al vuelo.

—Suéltate —gritó Alan a Kay.

Ésta lo hizo cuando estaba a mitad del camino y Alan la sostuvo.

Dinker corrió hacia la puerta. El robot estaba a menos de dos pasos.

El hombre se colocó tras la puerta y esperó a que el «metálico» entrara.

Había hecho un nudo corredizo y lo lanzó de modo que habría dado envidia a un vaquero.

La cuerda rodeó el cuello del robot, que instintivamente trató de librarse de ella.

Dinker tiró fuerte rodeando al «metálico» siguiendo su misma dirección.

Con el otro extremo, trató de enlazar el brazo armado del hombre de Ardan.

Éste, instintivamente, como si fuera un ser racional, trató de coger la cuerda para impedir qué le sujetara. Al hacerlo soltó la pistola.

Debía de ser lo que Dinker esperaba, porque se lanzó en plancha para recoger el arma, al mismo tiempo que el robot se inclinaba con ánimo de clavarle los garfios.

Dinker dio una vuelta sobre sí mismo y se incorporó con el arma en la derecha.

Apretó la palanca y el efecto fue idéntico al de su propio fumigador.

Un ronquido lejano, gutural, metálico, se escapó del interior de aquel objeto que, poco a poco, iba desapareciendo bajo el chorro atómico.

—¡Lo ha conseguido! —exclamó Kay.

Dinker guardó la pistola en la cartera y se alejó.

* * *

—¿Dónde diablos se ha metido ese hombre? —gruñó el general.

Kimball sacudió la cabeza.

—No lo sé. Ayer fue a casa para ver a mi hija y no ha vuelto.

—Tengo los hombres que pidió esperando sus instrucciones. El armamento está dispuesto.

Kay entró en aquel momento.

—¿Dónde está Dinker? —preguntó el profesor.

—¿No ha regresado?

El general negó.

—¿Dijo si pensaba ir a alguna parte? —inquirió.

Kay negó.

Alan había venido con ella y ambos cambiaron una mirada.

—Tal vez… —empezó el joven.

Ante el silencio el general le hostigó.

—No hable a medias. Le necesitamos. Si sabe algo, dígalo.

—Bueno… Ayer discutimos…

—¿Discutieron?

Smalley se acercó.

—¿Qué pasó?

—Fue una tontería —admitió Alan—. Cuestiones personales.

El general se encogió de hombros. Aquello no parecía revestir ninguna gravedad, o por lo menos no era motivo suficiente.

Smalley comentó:

—Esos hombres son muy sensibles. En su planeta, al parecer, se había llegado a una convivencia tal que debía de ser lo más aproximado a la perfección.

—¿Qué quiere decir? —inquirió Houston.

—Que no existía la mentira, ni el engaño. La gente era buena y se ayudaban unos a otros. Dinker es uno más. Tal vez si algo le ha herido, interiormente, lo acusará mucho más que un ser de nuestro mundo.

—¡Dios mío! —exclamó Kay—. Tenemos que buscarle…

—Yo ya pedí disculpas… —replicó Alan—. De todos modos le buscaré.

—¡Vamos, dese prisa! Y trátele con guantes, muchacho, no podemos perder al único ser que puede salvarnos de la catástrofe.

XVIII

Dinker no era capaz —nadie en su planeta lo hubiera sido— de hacer daño a nadie a sabiendas.

Se defendía si le atacaban.

Era implacable cuando se trataba de luchar contra sus enemigos.

Sin embargo, como ciudadano, era un hombre sociable, sencillo, y humilde.

No había asimilado por completo el temperamento de los terrícolas.

Él buscaba el bien, trataba de ayudarles y no siempre se sintió completamente correspondido.

Sólo el profesor y Kay…

Sentía predilección por la muchacha, pero jamás había pensado en interponerse entre ella y Alan.

Sentado al borde del riachuelo meditaba en todo aquello.

En aquellos instantes era un ser amargado. No pensaba en peligros, ni en Ardan… Sólo en la ingratitud.

Dos hombres se acercaban.

Eran padre e hijo. Los propietarios de las tierras del contorno.

Estaban todavía lejos de él. Iban a lo suyo.

—Ese maldito ladrón —gruñía el padre.

—Ya le pillaremos, padre.

Ambos eran portadores de sendos rifles. Parecían dispuestos a usarlos.

—Es la segunda vez que se introduce en nuestra casa, aprovechando nuestra ausencia. Pero esta vez le vi. Y tomó esa dirección.

—No podrá ir muy lejos. He avisado a los de la patrulla. Le cerrarán el paso.

—¡Mira! —exclamó el más joven.

Habían llegado cerca del río.

Paralelamente a la ribera distinguieron a Dinker, que seguía sentado.

—Vamos a rodearlo.

—¿Es él? —preguntó el joven.

—Iba con algo negro. Le vi perfectamente.

—Éste también viste de negro.

—Vamos. Ve por el otro lado.

* * *

—¿Qué está haciendo en nuestras tierras, amigo?

La pregunta del más joven iba acompañada con la contundencia y seguridad propia de quien empuña el rifle.

Dinker se levantó.

—Parece que uno no puede descansar en ninguna parte.

—Estas tierras son mías. ¿Cómo ha entrado?

—Oiga… No sé de qué me habla. Deje ya de apuntarme.

—¿Qué lleva en esta cartera?

Dinker replicó agriamente:

—Eso no le importa. Y le repito que deje de apuntarme.

—Levante las manos y suelte la cartera, amigo.

La voz llegó por la parte opuesta.

Sonaba más dura, más agresiva. Era la del padre.

Dinker se volvió.

—¿Qué es lo que quieren ustedes?

—Ver su cartera. Apuesto a que hay en ella quinientos dólares en billetes de cinco.

—¿Me toma por un ladrón?

—Suelte la cartera.

—Aquí dentro llevo cosas muy delicadas. No puede tocarlas cualquiera. ¿Comprende? Se lo enseñaré, si quiere.

Hizo intención de abrir la cartera, pero la voz tajante del padre lo impidió.

—¡Quieto! ¿Cree que voy a dejarme sorprender como un estúpido?

Sin duda pensaba que Dinker iba a sacar un arma. Cierto que la tenía, pero una pistola atómica no hiere; mata. Y Dinker nada tenía contra aquella gente. Nada excepto que no le gustaba verse amenazado.

Avanzó hacia el padre.

—Oigan, están en un error y no pienso hacerles el menor caso.

—¡Por última vez, arroje la cartera!

—Lo que hay dentro puede romperse

—No me obligue a disparar, amigo.

Dinker avanzaba con paso firme.

—No le tengo ningún miedo.

No era invulnerable a las balas, pero tampoco era cobarde.

—¡Deténgase!

—Le mostraré la cartera cuando esté delante de usted.

—¡Deténgase!

El hombre amartilló el rifle.

Dinker seguía.

El otro iba a disparar.

Con agilidad escalofriante, Dinker se agachó, al tiempo que sonaba el primer disparo. Luego saltó como un felino, sin soltar su cartera.

Su puño derecho alcanzó de lleno la mandíbula de su agresor, que cayó como fulminado soltando el rifle.

La fuerza de la pegada le había dejado inconsciente.

Tras de él, el hijo, al ver a su padre agredido, disparó, cuando ya Dinker saltaba para evitar ser alcanzado.

En aquel instante, apareció el sargento de la patrulla.

—¿Qué ocurre aquí?

Al ver a Dinker añadió:

—¡Oiga…! Usted es… Le están buscando.

* * *

Todo había quedado solucionado.

Dinker regresó al laboratorio.

Alan le aguardaba.

—Le he buscado por todas partes. Me ha dado mucho trabajo.

—Lo siento.

—Dinker… Anoche ya le pedí disculpas.

—Sí, Alan… La culpa es mía. Soy yo el que debe adaptarse a sus costumbres.

—El sargento dijo que habrían podido matarle. Le confundieron con un ladrón que se resistía a ser detenido.

—No temo a la muerte, Alan; pero… habría sido lamentable por algunos de ustedes. El profesor, Kay… Smalley.

—Dinker… Quiero ir con usted a Ardan.

Los dos hombres se quedaron mirando.

—Creo que no.

—Sí, Dinker. Llévame. Estamos luchando para defender nuestro planeta. No me sentiría muy satisfecho si otros lo hicieran por mí.

—Está bien, Alan. Vendrá conmigo.

* * *

Hasta ciento dos hombres se habían reunido en el patio del destacamento militar.

Dinker, personalmente, había distribuido las armas, enseñando su manejo.

Concluyó diciendo:

—Ahora colóquense los trajes espaciales. Nos proyectaremos dentro de media hora exactamente.

El general se acercó a Dinker, mientras los demás iban a cumplir las instrucciones y prepararse para la gran aventura.

Una aventura sumamente peligrosa.

Un viaje sin tener seguro el billete de vuelta.

—¿Cuánto cree que puede durar todo esto?

—Una hora de sus relojes, un mes de sus calendarios, o quizás un año. Es difícil predecirlo.

—Nuestros hombres necesitan vituallas.

—Ardan es un país sumamente rico. Hay frutas, buen pescado en los ríos, no nos faltarán alimentos, si la cosa se prolonga.

—¿Y para volver?

—El cerebro electrónico funciona alimentado por el mismo combustible que necesito para mi rayo-proyector. De allí tomaré lo que necesite para el regreso.

—Me gustaría ir con ustedes, Dinker, pero se me ha asignado el mando de la operación en tierra…, como si se pudieran dar órdenes —añadió amargamente.

—Sin duda su colaboración sería muy valiosa, general, pero confío en los hombres que llevo conmigo.

—Suerte, Dinker.

* * *

—Suerte, Dinker —repitió el profesor Kimball exactamente media hora más tarde.

Lo mismo deseó Kay.

Todo estaba dispuesto.

Alan se acercó a la muchacha. Llevaba la cabeza descubierta. Tras un ligero titubeo, ambos se abrazaron.

—Suerte, Alan.

—Ni siquiera sé si donde voy a encontraré tarjetas postales para mandarte una —sonrió Alan haciendo gala una vez más de su ironía.

—¡Cuídate!

—Sí, querida. ¿Sabes? Tengo la impresión de que lo que voy a hacer es algo más difícil que dirigir una fábrica de conservas.

La voz de Dinker dominó la situación.

—Preparados todos. Hay que salir de uno en uno. Yo iré delante.

Se dirigió al profesor.

—Ya le he dado instrucciones, Kimball. ¿Lo recuerda bien?

El profesor asintió.

En el centro del patio habían instalado una plataforma, algo que muy bien hubiese podido confundirse con un patíbulo. Sin embargo, no tenía cuerdas.

Un espejo especial cubría la plataforma a modo de techo.

Un trípode sujetaba el rayo-proyector.

Dinker subió a la plataforma y se situó tras el rayo. Los graduó debidamente, dirigiéndolo hacia el Este.

—El último debe llevarse el aparato. No lo olvide.

El profesor asintió.

Dinker miró en torno suyo, como si quisiera asegurarse de que no había olvidado nada.

Sujetó con fuerza el tubo fumigador, de rayos atómicos. Algo así como un bazooka de reducidas dimensiones y material liviano, provisto de una palanca. Sencillo y mortífero a la vez.

—Cuando quiera, profesor.

Kimball subió al estrado y accionó la palanca.

En seguida apareció la tenue luz que fue ganando intensidad a cada décima de segundo.

Cuando la potencia del rayo llegó al máximo, el propio Kimball accionó el otro mando, para que la luz de la parte trasera actuara como propulsor.

La iluminación, ampliada por el reflejo del espejo especial era cegadora, brillante como una ascua.

La misma intensidad hacía casi invisible el cuerpo de Dinker.

Al fin desapareció para proyectarse en lo alto, hasta perderse en el infinito.

El segundo hombre ocupó su puesto tan pronto se apagó la luz trasera…

Luego el tercero…

XIX

El número ciento dos entregó el aparato rayo-proyector a Dinker.

—Bien. Estamos todos.

Alan miró en torno suyo.

Era un paisaje árido, inmenso.

Semejaba un desierto.

—¿Esto es Ardan?

Dinker asintió.

—Es su campo de atracción. Ahora ya nadie lo usa.

—Esto es inmenso. ¿Dónde está la gente?

—Lejos. Habrá que andar. No podíamos correr el riesgo de ir a la antigua capital. Posiblemente el cerebro electrónico todavía no ha captado nuestra llegada y esto nos confiere ventaja.

Comenzaron a caminar.

Alan se dio cuenta de que era menos intenso de lo que parecía.

El terreno no era llano, sino que ascendía suavemente, lo cual acercaba el horizonte visual debido al cambio de rasante.

Caminaron unos dos kilómetros, allí empezaba la depresión.

El paisaje era completamente distinto.

Podían verse los frutales a que había aludido Dinker.

—Nadie los cuida, pero la fruta sigue creciendo.

—¡Es fabuloso! —exclamó alguien, al comprobar que aquello era un auténtico vergel.

—La ciudad está al otro lado —indicó Dinker.

Se detuvieron en mitad del campo de frutales.

Por entre la vegetación podían verse asomar las cúpulas de algunos edificios relucientes.

Eran metálicos.

—Repasemos el plan —pidió Dinker.

Todos le rodearon.

—La mitad de los hombres irá conmigo. El resto se dividirá en cuatro grupos formando una estrella de cuatro puntas.

—¿Dónde? —preguntó uno.

—Entre los cuatro costados del edificio rectangular que atacaremos nosotros. Busquen protección dónde y cómo puedan y, si aparece algún robot, disparen sin vacilar. Aunque parezca que no pueda verles, va guiado por el cerebro electrónico que actúa sobre él sirviéndole de ojos y de oídos.

—¿Y usted? —preguntó Alan.

—Entraremos en el edificio por las dos únicas puertas que los

franquean. Estarán cerradas y habrá que derribarlas.

—Voy con usted —dijo Alan.

—No. Quédese con los otros. Y pongan atención todos. Pase lo que pase no entren hasta que yo dé la señal.

Señaló hacia lo alto.

—¿Ven aquello?

Era una cúpula.

Todos asintieron.

—En el centro de la cúpula hay un agujero circular, algo así como una chimenea. Cuando vean un chorro de fuego salir, entonces pueden entrar.

—Supongamos —replicó un piloto entrenado especialmente para misiones de comandos— que nadie de los que entran puede llegar a efectuar ese disparo.

—Por lo menos uno llegará. Eso es seguro. Lo que ya no puedo garantizar es que salgamos con vida.

Dejó el aparato rayo-proyector al pie de un árbol.

—Si es posible regresar, lo recogeremos. Ahora recuerden todos que, si no destruimos el cerebro, no será posible tomar el combustible para el regreso. Por lo menos no habría suficiente para todos.

Tras un breve silencio, Dinker levantó la mano, como si quisiera expresar el deseo de que la buena suerte les acompañara.

A continuación, avanzaron hacia el otro lado de los frutales. Entre una muralla metálica se abría una puerta enorme gigantesca.

—Es la entrada a la ciudad —explicó Dinker—. Pueden distribuirse.

Seguía sin aparecer el menor asomo de vida.

El grupo se subdividió en dos, y cada cual corrió a situarse ante la proximidad de las cerradas puertas que se abrían delante y atrás del edificio en forma de cuadro.

La superficie podía calcularse en unos cincuenta metros de lado, por unos treinta de altura. Lo remataba la cúpula redonda.

Con ágiles movimientos y siguiendo en fila de a uno, los dos grupos avanzaron hacia la entrada.

—Fuera las puertas.

Dinker dirigió su rayo hacia la entrada.

Breves segundos Gastaron para reducir el metal.

Desapareció por completo.

La operación seguía perfectamente sincronizada y los hombres penetraron a ambos lados.

La planta, llana, desprovista de enseres, tenía hacia el fondo, el arranque de una rampa a modo de escalera de caracol.

—Hay que subir arriba.

Fue entonces cuando comenzaron las dificultades.

Por las puertas derribadas comenzaron a llegar hombres metálicos: diez, doce, veinte… Un ejército interminable estaba penetrando por las dos aberturas.

Comenzaron a funcionar las pistolas y dos de los hombres de Dinker fueron alcanzados.

—Esperaban tenernos dentro para tendernos la encerrona.

—¡Claro! Por eso dejó los demás afuera. ¿No es esto? —preguntó el especialista en acciones de comando.

—Exactamente. Ahora comprenderá que cualquiera puede llegar hasta arriba y dar la señal. Pero hay que esperar hasta el último momento para que los otros, a su vez, no sean sorprendidos por nuevos robots.

Iban ascendiendo hasta lo alto, perseguidos por los hombres metálicos, sin dejar de cruzarse chorros de fuego.

—Ustedes tres, síganme —ordenó Dinker a los que tenía más próximos.

Ascendieron rápidamente por la rampa.

Más abajo continuaba la lucha sin cuartel.

El fuego hacía mella alternativamente en uno y otro bando.

La ventaja seguía de parte de los hombres metálicos, debido a su superioridad numérica.

Dinker llegó al penúltimo rellano.

—¿Dónde está el cerebro? —preguntó uno.

—Sobre nuestras cabezas.

Los tres miraron hacia arriba.

Un techo metálico, con paredes idénticas, lo encerraba por completo.

—Y ¿cómo se llega hasta allí?

—Supongo que habrá una especie de elevador.

Entonces la plataforma en la que se hallaban —el suelo propiamente dicho— se convirtió en un ascensor que comenzó a levantarlos.

—¡Éste es el sistema! —exclamó Dinker.

El elevador los subía lentamente.

—Arriba no hay apertura. Creo que tratan de aplastarnos —dijo alguien.

—No podemos salir.

En efecto, no había aperturas por los lados; era todo el piso lo que se levantaba en dirección hacia el techo hermético.

—Utilicen las armas —ordenó Dinker.

Cuatro chorros chisporroteantes castigaron el techo, pero con sorpresa contemplaron cómo resistía la fumigación atómica sin desintegrarse.

—Está hecho de material antiatómico. Debí suponerlo —se reprochó Dinker.

Y el piso seguía elevándose, elevándose.

Podía calcularse en tres metros la distancia que faltaba para que las láminas se unieran en el techo.

—Sigan disparando —gritó Dinker.

* * *

—Llevamos demasiado tiempo esperando —comentó Alan.

—No ha surgido la señal.

—¡Les han acorralado ahí dentro! Por lo menos hay más de un millar de robots.

Uno de los comandos sugirió:

—Seguiremos esperando un poco más.

* * *

Eran ya menos de tres metros.

El techo seguía sin desintegrarse.

—No hay escapatoria posible, Dinker —dijo alguien.

—Tal vez…

—¿Cómo?

—¡El suelo! Hay que probar el suelo. Con cuidado.

Dos metros.

Dentro de un instante tendrían que agacharse para no topar con las cabezas.

Los chorros se dirigieron al suelo.

—¡Cede! —exclamó Dinker.

Sí. El suelo cedía, pero bajo sus pies se abría el abismo; la plataforma había elevado considerablemente el nivel entre el lugar donde se encontraban y la planta inmediatamente más próxima.

Sin embargo, no había opción.

La mitad del piso había quedado desintegrada y los hombres tendidos en el suelo tenían que saltar, a menos que esperasen ser aplastados.

Faltaba escasamente un metro.

Comenzaron a tirarse.

El primero rebotó en la rampa y quedó inerte.

El segundo flexionando las piernas y cayo en mejor posición.

El tercero aminoró el golpe de su caída, al ser protegido por el que

le había precedido.

Sólo quedaba Dinker.

Quedó colgando agarrándose con las manos al borde de la plataforma.

Ésta no llegó a unirse totalmente.

Se había detenido unos diez centímetros antes. Suficiente para aplastar un cuerpo, pero no para pillar las manos de Dinker.

Pero… ¿Qué podía hacer allá arriba?

Sin embargo, entonces el techo se abrió lentamente, dejando al descubierto en el centro un cuadro en forma de ventana.

Había espacio suficiente para que pudiera pasar un cuerpo, pero era necesario tomar un gran impulso para poder llegar.

Dinker trató de reunir todas sus fuerzas y con su habitual agilidad saltó hasta sujetarse en el borde de la abertura. Con otro esfuerzo consiguió apoyar un pie en la plataforma y tomando el atomizador que había dejado en el resquicio traspasó la abertura.

Inmediatamente se cerró.

Él había conseguido llegar.

Se hallaba en la cúpula del edificio.

Allí estaba el cerebro electrónico.

Lo formaban tres columnas unidas por un tablero metálico lleno de luces oscilantes, mandos automáticos y números, números que iban apagándose.

Diner se acercó hacia una pantalla.

Era un televisor, desde allí podía dominarse la lucha que se estaba sosteniendo en la rampa.

Por otra pantalla, podía verse el refugio o cuartel de los hombres metálicos: había un millar, tal vez más, en espera de órdenes.

Una tercera pantalla dominaba la ciudad metálica. En constante panorámica, mostraba todos los rincones y posibles escondrijos. Mostraba también al grupo de reten que había quedado a la espera para tomar parte en el asalto.

Dinker comprendió.

—El cerebro espera que los otros entren para dar órdenes a los que están acuartelados.

Los números seguían apagándose.

Dinker descubrió otra cosa.

Cada número era un robot.

Observó los mandos.

Evidentemente había llegado el momento de actuar.

Sin embargo, en aquellos instantes, la cúpula comenzó a girar, dejando al descubierto unos huecos.

En seguida, tubos lanza rayos comenzaron a descender.

Dinker no había descubierto la pantalla lateral donde él mismo habría podido ver el peligro.

Buscaba los mandos.

¡Allí estaba algo muy importante!

¡La energía generadora de los hombres metálicos de retaguardia!

Accionó la palanca.

Vio los resultados a través de la pantalla.

Los robots, como si de pronto les faltara aliento, comenzaron a encogerse lentamente.

El espectáculo de aquellos monstruos metálicos, de rodillas, era grotesco.

El mando, sin embargo, recobró la posición y nuevamente los robots se incorporaron.

En la cúpula los tubos lanza rayos seguían tomando la posición para el disparo.

—Tengo que destruir esto —se dijo Dinker.

Accionó de nuevo los mandos y a continuación disparó su lanza rayos hacia uno de los generadores.

Una explosión sorda retumbó en la cúpula.

Se hizo a un lado, para evitar ser alcanzado por las chispas y entonces observó la pantalla que reflejaba el techo de la cúpula.

—¡Tubos lanza rayos!

Se parapetó tras el «cerebro».

Los primeros rayos taladraron la reducida estancia.

«¡La palanca!», pensó.

Había una palanca, en efecto.

La accionó y la cúpula comenzó a girar. Aquella vez era el piso de la cúpula el que cambiaba de posición, de modo que los rayos que procedían del techo alcanzaban de lleno el cerebro.

Era la autodestrucción, porque todo había comenzado a arder.

Dinker disparó al aire y el chorro de fuego salió por el orificio superior.

* * *

—¡ La señal! —gritó Alan.

Cincuenta hombres salieron de sus puestos para entrar en el edificio.

La lucha seguía, pero los robots, debilitados, comenzaban a flaquear.

Sin el cerebro rector resultaban blancos fáciles y, por contra, apenas tenían fuerzas para proseguir el ataque.

Éste se prolongó, sin embargo, hasta que al fin la victoria sonrió a los hombres de Dinker.

Uno de los del grupo primero, avanzó entre los hombres metálicos convertidos en montones de chatarra.

—Sólo quedamos doce.

—¿Y Dinker? —preguntó Alan.

—Está arriba. No he vuelto a verlo.

* * *

El cerebro seguía ardiendo por los cuatro costados, sin embargo trataba de defenderse hasta el último instante.

Toda la bóveda, en llamas, se vio invadida de pronto por un humo pestilente. —¡Gas!— se dijo Dinker. Un gas irrespirable, mortífero. Con la lucha se había desgarrado la escafandra. La atmósfera era irrespirable. Dinker trató de sujetarse el desgarro, pero era inútil…

Sin embargo, debía resistir. Necesitaba el combustible.

Se arrastró por la parte trasera. Allí estaba la entrada al depósito.

Sentía debilitarse sus fuerzas a causa de la atmósfera…

También la radioactividad comenzaba a surtir sus efectos.

Empujó la puerta.

Al ceder vio el depósito.

Semejaba un recipiente enorme lleno de lava ardiente.

—Debo pedir ayuda…

A rastras fue hacia el otro extremo en busca de los mandos manuales.

Todo estaba envuelto en llamas.

Acercarse era sumamente difícil.

No importaban ya las quemaduras. Tenía que llegar.

Al fin dio con lo que necesitaba.

Pulsó una palanca y el resto de piso que había servido de ascensor comenzó a descender.

Por el hueco Alan gritaba.

—¡Dinker!

Era Alan.

—Traiga un tubo de conducción para cargar la batería del rayo proyector. Dese prisa.

* * *

Casi sin fuerza Dinker pulsó de nuevo el mando y la plataforma volvió a elevarse.

Alan llegó a lo alto y entró por la abertura.

—¡Dinker!

—No pierda tiempo. Inyecte carburante a la batería. Lo necesitan para el regreso.

—¡Dinker! Su escafandra.

—No se preocupe por mí, Alan… Y diga al general y a los demás que ya no tienen nada que temer.

—Dinker… Usted tiene que venir con nosotros.

—Escuche, Alan… Nadie puede hacer ya nada par mí. Lo sé. Salude al profesor… Y sea feliz con… con Kay.

EPÍLOGO

—Dinker ha sido como alguien nuestras vidas semejante a un soplo de aire puro —comentó el profesor.

—Hizo mucho por todos a cambio de nada —murmuró Kay.

—Quise llevármelo… Pero antes de abandonar la cápsula había muerto. No quiso que fuera con el primer grupo porque debió presentir que llevarían la peor parte… —explicó Alan.

Estaban los tres reunidos en casa de los Kimball.

Fuera, la vida continuaba igual.

Los periódicos habían dado la noticia, y la televisión se dedicaba a hacer comentarios.

Pronto todo sería historia.

Y Dinker, un recuerdo.

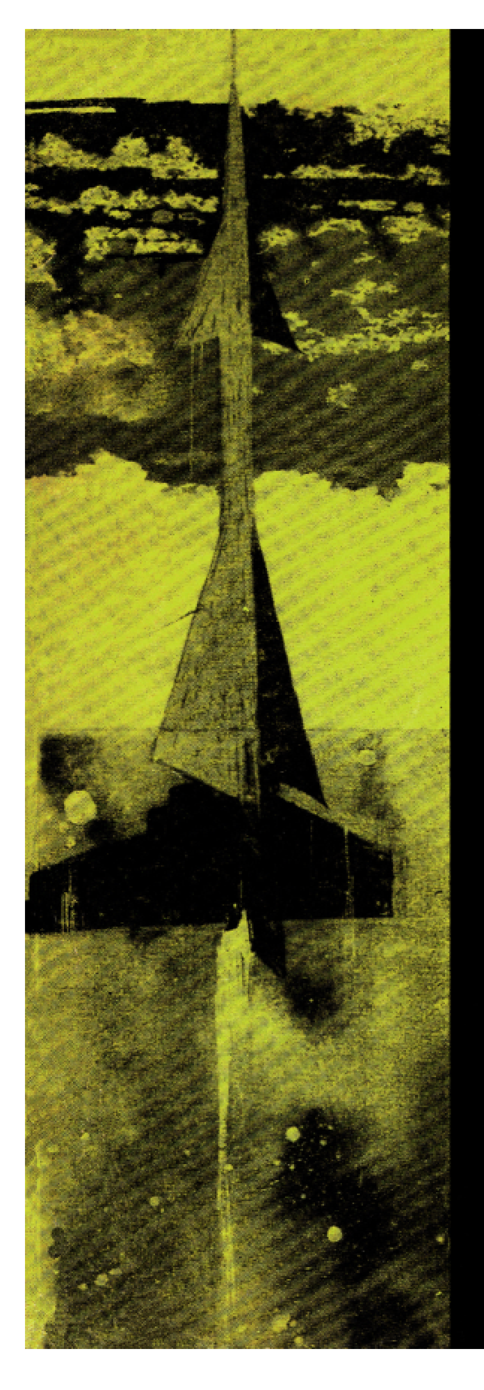
Pero los que convivieron con él jamás le olvidarían…

—Necesito dar una vuelta, Kay —dijo Alan.

—Te acompaño, Alan —replicó la muchacha. La noche era clara, luminosa, estrellada.

Y ellos estaban juntos.





Próximo número:

Ante la Humanidad el cosmos y su incógnita.

COSMOS

ROY ROWAN

Precio: 9 ptas.